

Repertorio M. de Miguel

LA ARISTOCRACIA DEL FILM

PRESENTA

EL SILENCIO ES ORO

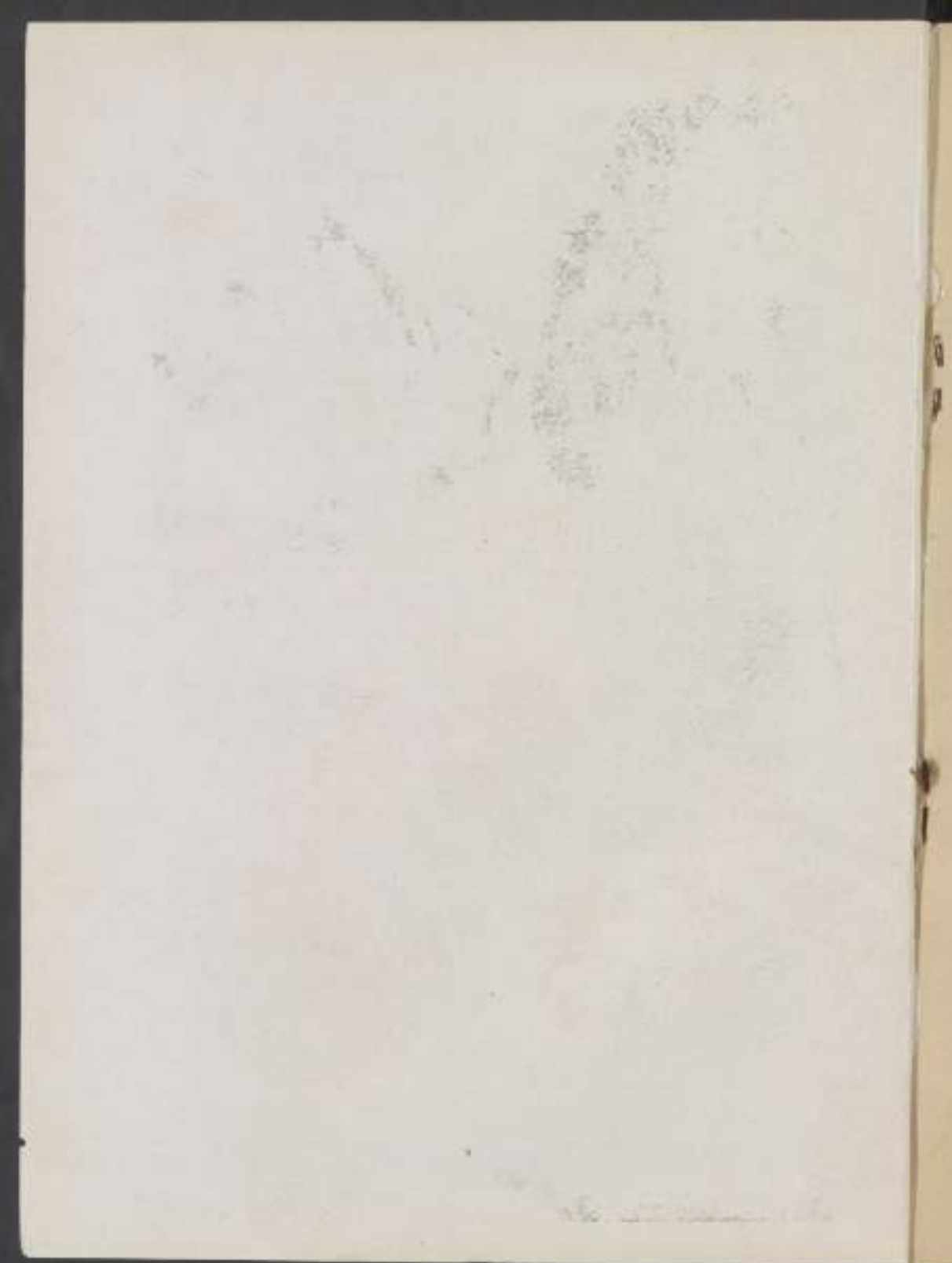
REPARTO DE
RENÉ CLAIR

MAURICE CHEVALIER
FRANÇOIS PERIER
MARCELLE DERRIEN

TRIPLE DOLBY DIGITAL COMPOSITED BY KAYE AND STANLEY DOLBY
DOLBY DIGITAL - RA 11 1994



Editorial **Atlas**





EL SILENCIO
ES ORO



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 57
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Apartado 707 « BARCELONA » Teléfono 70657
Valencia, 234 « Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbá, 16, Barcelona - Tornera, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

AÑO XVII

SERIE ESPECIAL

NUM. 153

NUM. 402

EL SILENCIO ES ORO

René Clair nos ofrece una película, que sigue la trayectoria de «14 de Julio», «Si yo tuviera un millón», «Sous les toits de Paris», que le hicieron famoso. En «El silencio es oro» se respira también la atmósfera parisina, primeros de siglo; la del París eterno, auténtico, entre cuyas viejas paredes viven y laten unos problemas profundamente humanos. Maurice Chevalier, encarnación viva de este París, renueva sus laureles en una nueva faceta de su alta personalidad artística, secundado magistralmente por Marcelle Darrin, una nueva estrella descubierta por el genio de René Clair en el intrincado firmamento de la Ciudad de la Luz.

REPERTORIO
M. DE MIGUEL

Distribuida por



CASA CENTRAL:

« MADRID

Avenida José Antonio, 42

Teléfono 31 66 07

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Emilio Clément</i>	Maurice Chevalier
<i>Madeleine Celestin</i>	Marcelle Darrien
<i>Jacques Francet</i>	François Perier
<i>Lucette</i>	Danny Robin
<i>Marinette</i>	Cristiane Sertilange
<i>Celestin</i>	Armontel
<i>M. Duperrier</i>	Robert Pizani
<i>Contable</i>	Paul Olivier

Argumento y Dirección:
RENÉ CLAIR

Narración literaria:

Alfredo de Heredia



LA EPOCA HEROICA DEL CINE

Érase en París y transcurría el mes de febrero de 1906. A través de los largos y populosos «boulevards» evolucionaba, entre gritos, cantos y risas, la alegre y tumultuosa caravana de Carnaval, con carrozas espléndidamente decoradas que transportaban bulliciosos muchachos y muchachas, cada uno disfrazado a su manera. En las aceras, una multitud apretujada sentíase contagiada de la desbordante alegría de las máscaras y los mascarones, pero se mantenía disciplinada en sus puestos de observación, contenida por los guardias municipales, que trataban de evitar que la algarabía fuese más imponente, al mezclarse actores y espectadores de la gran fiesta de Momo.

Toda la ciudad se había desplazado para participar en el Carnaval. Por esta razón, los demás espectáculos estaban desiertos. Todo se hallaba concentrado en los bulevares. Era inútil, pues, que un hombre alto y flaco, provisto del largo y rizado bigote característico de la época, gastara energías tratando de atraer al público al interior de una barraca, en cuya puerta se leían estas palabras: «Salón de cinematógrafo».

—Entren, señoras y señores—exclamaba cada dos minutos—. Entren a ver el cinematógrafo, invención del siglo. ¡Una hora de risa loca! ¡Una hora de olvido!

El cine sólo tenía ocho años de vida, una vida lánguida en razón de los vacilantes pasos que iba dando desde que los hermanos Lumière lo dieron a conocer, en los mismos bulevares parisinos, en el sótano de un concurrido café. Después de haber suscitado un vivo movimiento de curiosidad, el cine no había entrado todavía en el alma de las gentes. Era, más que una atracción pública, una labor lenta —aunque eficaz— de laboratorio.

Pero había un grupo de hombres que, interesados en aquella gran idea de los hermanos Lumière, se entregaron en cuerpo y espíritu a su desarrollo, seguros de que, andando el tiempo, el cine derrotaría al teatro o por lo menos constituiría para él un temible rival. Uno de estos hombres era Emilio Clément, quien, siempre a la vanguardia del progreso, dirigía un modesto taller cinematográfico que llevaba el nombre de «Fortuna».

Su personal se componía, en total, de una docena de personas, de las cuales la mitad se consagraba a la preparación de los decorados de tela —unos decorados inestables, colgados con cuerdas—, mientras que la otra se ocupaba de la parte artística. Cuando la luz solar era suficiente —pues no había llegado todavía la época de los potentes focos— se rodaban cintas cómicas o dramáticas, que en ningún caso excedían de doce minutos de proyección. El cine no era, pues, una industria, sino una empresa artesana llevada a cabo por hombres voluntariosos con verdadera vocación y con indomable fe en los grandes destinos de la iniciativa de Lumière. Por eso, la categoría de director —que ahora es tan importante— o la de un galán, que no se llamaba todavía «vedette», se parecía más a la de los figurantes de teatro que a la de los fabulosos artistas de «music-hall», tan en boga en aquellos años de este desventurado siglo.

Si Emilio Clément era el director de los «Talleres Cinematográficos Fortuna», Jacques Francet era el galán, que no se limitaba a representar los papeles que aquél le encomendaba, sino que hacía las veces de ayudante del operador cuando era necesario.

Con motivo de las fiestas de Carnaval, Emilio Clément quiso que la jubilosa algarabía producida en los bulevares parisinos que-

dara perpetuada en el celuloide, y por eso mandó a su operador y a Jacques Francet a rodar unas escenas.

En un sencillo tablado se instalaron, pues, los dos hombres, dispuestos a tomar unas «vistas» del pintoresco espectáculo. Mientras el operador daba vueltas a la manivela de su aparato, Jacques Francet saltó de su puesto a la calzada del Bulevar de la Madeleine. Había visto pasar a una de sus amigas montada en una espléndida carroza, y hacia ella se dirigió.

—¡Eh!—le gritó un guardia municipal—. ¿Adónde va usted?

—A saludar a una muchacha.

—Si es parienta de usted, vaya—gritó el guardia, seguro, desde luego, de que no lo era.

Y Jacques Francet se encaramó a la carroza para saludar a Lucette.

—¿Qué haces aquí, Lucette?—le preguntó.

—¿Qué quieres que haga?—respondióle Lucette riendo—. Pues, ya lo ves: tomando el aire.

—¿No has encontrado otro trabajo?

—No debes preocuparte por mí, querido Jacques.

—Pero, ¿por qué no has contestado a mi carta?

—Aunque no lo creas, te diré que ha sido porque olvidé tu dirección.

—Pues voy a dártela—respondió Jacques. Y escribiéndola en el puño de celuloide de su camisa, se lo sacó para entregárselo a la muchacha y decírsela al mismo tiempo—: Ven a verme, pues estoy en condiciones de ayudarte.

Lucette asintió con un gesto de cabeza y los dos se separaron, pues la carroza en la que ella iba continuó su marcha.

Al día siguiente se encontraron los dos, y Jacques llevó a su amiga a los «Talleres Cinematográficos Fortuna». Los maquinistas, que, para matar el tiempo, se hallan jugando a los naipes, quedaron admirados al ver que Jacques Francet entraba acompañado de una bella muchacha. Siempre le habían visto solo, pues a pesar de ser joven y apuesto era un hombre de una timidez extraordinaria. ¿Qué distintos los galanes cinematográficos de entonces con los de ahora! Jacques Francet era de los que todavía

se ruborizaban cuando tenían que hablar con una chica. El hecho de que aquella mañana llevara a una a su lado era inaudito, extraordinario. Y por eso admiró tanto a los maquinistas, quienes, ante el acontecimiento, llegaron a suspender la partida.

—¡Jacques con una chica! Eso no se ve todos los días. El muchacho se despabila por momentos.

Sin darse importancia ante sus compañeros de trabajo, pero deseoso de que Lucette admirara la instalación de aquellos talleres, Jacques la acompañó a visitarlos.

—Eso es el aparato tomavistas—le dijo.

—Maravilloso, maravilloso. Y, dime, ¿tú también sabes darle vueltas a la manivela?—preguntó Lucette, curiosa.

—Un poco. Aquí hace falta saber hacerlo todo. Lo mismo sirvo para interpretar un difícil papel de galán seductor, que para dar vueltas a la manivela... Afortunadamente, tenemos un patrón que es un encanto. Se llama Emilio Clément y es tan simpático como sudaz. Si quieres te lo presentaré.

—No tengo ningún inconveniente en ello.

Pocos momentos después, Jacques Francet se introducía en el despacho de su jefe, quien, aquella mañana, estaba muy malhumorado al ver el mal cariz que iban tomando las cosas del negocio.

—¿Qué deseas, Jacques?—Inquirió.

—Pues... quería hablarle de una muchacha-amiga mía que podría representar el papel de ángel para nuestra próxima película.

—¿Es bonita?—preguntó Clément, algo más animado.

—Una verdadera delicia.

—Entonces, que pase.

Con aire tímido, Lucette entró y acercóse con paso vacilante hacia la mesa del director, que la miraba atentamente.

—Enséñeme las piernas, ¿quiere, señorita?... Bien, bien... Ahora, ande un poco... Perfectamente, señorita.

A Emilio Clément le gustaban mucho las chicas bonitas, pero en un plan completamente distinto del profesional. En su caso, la máxima de «genio y figura hasta la sepultura» era perfecta-

mente cierta, pues Clément no era un hombre joven, sino ya maduro. A pesar de ello seguía cultivando la aventura como en su ya lejana mocedad. Ahora tenía ante sí a una muchacha verdaderamente seductora y no quiso desaprovechar la ocasión para conquistarla.

—¿Qué haces esta noche?—le preguntó sin romilgos, a quemarropa.

—Esta noche?—le respondió Lucette, coqueteando—. Nada.

Pero el diálogo, tan afortunadamente iniciado, fué interrumpido por la súbita e intempestiva presencia en el despacho de un caballero ya anciano, que ocupaba en los talleres el difícil cargo de administrador.

—Oh, perdón, señor Clément! Creí que estaba usted trabajando.

—Pues claro que trabajo, amigo mío!—gritó Clément. Y dirigiéndose a Lucette le dijo:— Si me espera usted un poco, señorita, le estará muy reconocido. Salgo un minuto, pues me necesitan en los talleres.

Jacques Francet, que esperaba en el pasillo el resultado de la entrevista de su amiga con Clément, aprovechó la ausencia de éste para introducirse en su despacho y preguntar a Lucette cómo se habían deslizado las cosas.

—Creo que se arreglará—dijole Lucette.

—Ya te lo decía yo!—alardeó el buen muchacho con evidente ingenuidad—. A este hombre hay que saber cogerle bien.

Pocos minutos después, Emilio Clément regresó a su despacho acompañado del administrador y de un hombre con los hombros cubiertos con una pintoresca pelliza, atavío propio de los pastores.

Clément parecía muy indignado, y dirigiéndose a aquel hombre le decía:

—Pues yo no sé de qué me habla usted. Lo que necesitaba no era una cabra, sino un camello. ¿Qué quiere que hagamos con una cabra? Ya se la puede llevar. Y otra vez tráigame lo que le pida, Jacques, llévate a este señor y entiéndete con él. Pero... ¿qué hacías en mi despacho?

—Nada, señor Clément. Pasaba por el pasillo y entré casualmente.

Cuando Jacques se disponía a marchar, su director le llamó aparte y, en voz baja, para que no le oyera Lucette, le preguntó:

—Esta chica, ¿es tu amiguita?

—¡Oh, no, señor Clément!—protestó Jacques—. No es lo que cree usted. Se trata de una muchacha muy honesta. La conozco desde hace mucho tiempo, y conozco también a su familia, pues antes vivíamos en la misma calle.

—Ya lo veo, Jacques: tu estás enamorado de ella.

—¿Enamorado? No... todavía no...

Con esta media confesión del muchacho, el rostro de Emilio Clément adquirió una expresión preocupada.

—Todavía no, lo que equivale a decir que más adelante sí. Pues bien, te deseo mucha felicidad.

Luego, Clément se fué resueltamente hacia Lucette para decirle:

—Señorita, puede marcharse. Trabaja aquí desde mañana.

—Oh, muchas gracias, señor Clément. Pero, ¿y esta noche?—añadió en voz baja.

—Esta noche no está usted libre.

—¿Que no estoy libre?

—No, señorita; tiene usted una cita... Con su amigo Jacques.

Lucette no supo qué responder, pero, desde luego, lo comprendió todo.

A la mañana siguiente, la muchacha acudió a los estudios dispuesta a trabajar. Clément le asignó el papel de ángel, de modo que al poco rato de haber llegado, Jacques se dispuso a ayudarla a caracterizarse. Lucette estaba más bella que nunca con su vestido blanco. El muchacho, mientras le ponía las alas, estaba verdaderamente maravillado.

Entretanto, Emilio Clément se encontraba dirigiendo una escena ante un decorado que representaba una iglesia.

—¡Paren!—gritó bruscamente, al darse cuenta de que una nube proyectaba su nombre sobre el «plateau». No vale la pena malgastar película.

Y dirigiéndose a Jacques, muy atareado con Lucette, le dijo:

—Jacques, podías habernos dicho que el sol se iba a esconder.

Un señor cincuentón, muy elegante, que se encontraba al lado del director, se encargó de dar la respuesta a Clément.

—¡Oh, Clément! ¿No sabe usted que uno no puede ocuparse al mismo tiempo del cielo y de los ángeles?

Y dirigió una significativa sonrisa a la muchacha.

Aquel señor tan distinguido era monsieur Duperrier, propietario del negocio. Era rico, pero parecía serlo más, y, sobre todo, fingía tener más dinero del que en realidad tenía. Al ver que le miraba con tanta insistencia, Lucette no pudo evitar de preguntar a Jacques por aquel caballero.

—¡Bah! Es un viejo solterón que siempre va detrás de las muchachas, sobre todo de las que trabajan aquí.

—¿Y tú? ¿No haces lo mismo?

—¿Yo? Yo nunca las miro. En todo caso, una a una, pero no todas a la vez como él—afirmó Jacques, riendo.

Pero no se dio cuenta de que Lucette, muy interesada por monsieur Duperrier, le sonreía cariñosamente.

LA LECCION DE UN BUEN MAESTRO

Aquella tarde salió con él, y desde entonces Lucette se transformó, tanto en su indumentaria como en su carácter. Jacques estaba desagradablemente sorprendido, sobre todo al ver que un día sí y otro no cambiaba de vestido. Cuando le preguntaba por qué se lo había comprado, la muchacha le contestaba indefectiblemente que lo hizo porque era una verdadera ganga. A pesar de su excesiva buena fe, Jacques no llegó a creerla, hasta que una tarde, al verla del brazo del propietario de los estudios, lo comprendió todo.

Ese desengaño le dejó visiblemente aturdido. Jacques no era el mismo de antes; parecía abrumado por el dolor. A tal punto, que Emilio Clément tuvo que intervenir:

—¡Imbécil!—le dijo—. A tu edad uno no se puede enamorar como un colegial. Pero, ¿es que todavía no conoces a las mujeres?

—Claro que sí—respondióle Jacques un tanto ofendido en su amor propio—. Pero yo creía que no era como las demás.

—No era como las demás; era peor.

—Éste es mi sino, monsieur Clément.

—Vamos, Jacques, no pongas esa cara. Es un asunto que no

merece la pena. Acuérdate siempre de lo que te voy a decir: una que se pierde, diez que se encuentran.

—Esto se dice fácilmente, pero, ¡cuán difícil resulta en la realidad! ¿Cómo encontrarlas?

—¿Quieres saberlo? Pues bien, sígueme.

Emilio Clément se puso su elegante sombrero de fieltro —que llevaba siempre un tanto ladeado, con mucha gracia, y cogiendo del brazo a su joven amigo, le sacó de los talleres para dirigirse, andando, hacia la más cercana parada de autobús. Al llegar el primer coche, subieron en él.

Mientras Jacques, siempre con el semblante preocupado, se sentaba al lado de un señor, Emilio Clément instalóse al lado de una elegante y seductora viajera. Después de dar una significativa mirada al joven, como invitándole a que se fijara en la conversación que iba a iniciar, empezó su plan de conquista.

—Perdón, señora—le dijo—. ¿Es ésta la dirección de La Bastilla?

—No, señor—contestó la dama—. Ésta es precisamente la dirección opuesta. Tiene usted que apearse.

—No hay necesidad. No voy a La Bastilla. Sólo quería oír su voz. Pero, ¿es que no se acuerda usted de mí?

—¿De usted?—respondióle triamente la viajera desconocida, colocándose a la defensiva y absteniéndose de mirar a su interlocutor.

—No tema nada, señora—insistió Clément, cada vez más interesado—. Yo no soy uno de estos hombres que se permiten dirigirse a las señoras sin conocerlas ni haberlas visto nunca. Yo la conozco a usted. Pero, ¿cómo se iba a acordar de mí? No soy un hombre excepcional, sino de lo más vulgar que existe; uno de esos del montón en que nadie se fija.

El pequeño discurso, animado por breves y graciosas sonrisas, despertó la curiosidad y el interés de la señora, la cual no pudo evitar de preguntarle:

—¿Dónde nos hemos encontrado?

—Hay caras que no se pueden olvidar fácilmente—contestó Clément, dando melodramático acento a sus palabras—. No, no

proteste: su rostro es uno de ellos. ¿Es que nadie se lo ha dicho hasta ahora? No, no me conteste tampoco; no diga absolutamente nada; absténgase, por favor, de pronunciar aquellas palabras que las demás mujeres suelen pronunciar. Usted es distinta, muy distinta, de las otras.

Después de esta magistral lección de seducción valiéndose de sus recursos verbales —y de su simpatía personal—, Emilio Clément se llevó a su joven amigo Jacques al café-concierto, para ver si conseguía distraerle un poco. Pero ni el espectáculo —que corría a cargo de bellísimas mujeres— ni la animación que ofrecía el local consiguieron desentumecer a Jacques, quien continuaba absorto, preocupado, distraído, con una sola idea. Sólo cuando salió una artista para entonar una canción sentimental, el muchacho salió de su abstracción. Emilio, al verle, se encogió de hombros:

—Eso que están cantando se ha hecho para los tontos como tú; para los que a pesar de todo creen en el amor y se lamentan de sus fracasos.

—Usted exagera, señor Clément...

—¡Qué voy a exagerar! Te he visto desde que te conocí. Timido, siempre por los rincones, como si las mujeres te asustaran. Resultado de todo eso: que lloras como en la canción, y lloras por una mujer, por una sola, cuando hay tantas, y mejores que ella, en París.

Los dos siguieron contemplando el espectáculo, hasta que, al terminar la velada, deseoso de conocer personalmente a algunas artistas, penetró en el escenario y recorrió los distintos camerinos. Esta era una costumbre que había contraído desde que abandonó el teatro, donde ejercía las funciones de actor.

En su incursión por entre bastidores encontró a un «clown» —viejo amigo suyo— cuyo número era tan malo como el maquillaje que su intérprete llevaba. Se trataba de Celestín. Cuando éste vio a Emilio, se dirigió corriendo hacia él, y una vez en su presencia le apretó las manos con efusión.

—Oh, mi buen Emilio, mi viejo camarada, ¿cómo estás?

—¿Y tú?—contestó Clément brevemente, dando a compren-

der con el tono de su voz que no parecía muy entusiasmado del encuentro.

A la pregunta de Emilio, el rostro del cómico adoptó una expresión de pena:

—¡Ah, mi pobre amigo, tengo muchas preocupaciones! ¿Tú conocías a mi hermana?

—No.

—Acaba de morir allí, en su pueblecito. Hacía más de veinte años que no la veía; ni siquiera he podido asistir al entierro. Tú ya sabes cómo es este oficio. Y mi hija, mi pobre hijita, ¿la conoces?

—No, tampoco la conozco—respondióle Clément.

—Vivía con mi hermana, y ahora, a su muerte, ha quedado completamente sola. ¡Pobre muchacha! Ella que estaba estudiando para institutriz. ¿Qué porvenir le espera? Porque, tú lo sabes bien, yo no dispongo de tiempo; estoy completamente absorbido por mi trabajo de artista.

Afortunadamente, la «partenaire» del «clown» reclamó su presencia y desembarazó oportunamente a Emilio Clément. Este le contempló indiferente cuando se marchaba, e inclinándose hacia Jacques le dijo a media voz:

—Mírale bien. ¿Le ves? Pues incluso Celestin, con este rostro tan difícil y su carácter poco simpático, ha tenido suerte con las mujeres. Por lo tanto, no te desanimes. Con tus cualidades puedes tener grandes éxitos.

Pero Celestin acudió nuevamente hacia Clément, para seguir contándole sus cuitas:

—¿Quién se ocupará ahora de mi pequeña?

Al ver que Emilio no hacía mucho caso de sus explicaciones, Celestin optó por cambiar de tema y le habló de sus éxitos:

—¿Sabes que he tenido un gran éxito en este teatro? Ahora salgo de «tournée». Así es la vida... —Y volvió a entristecerse, pues él, como buen payaso profesional, pasaba de la risa a las lágrimas con desconcertante rapidez—. Desde que murió mi pobre mujer, sólo me veo perseguido por la desgracia. De vez en cuando me sonríe la felicidad, pero es la suya una sonrisa cente-

lieante, que se va rápida. ¡Ah, mi mujer! ¿Cuántos recuerdos gratos me ha dejado? ¿La recuerdas, Emilio?

—¿Cómo no iba a recordarla? La esposa de Celestín había sido el gran amor, el único amor —puro, auténtico, entrañable— de Emilio Clément. Bastó una breve frase del «clown» para que resurgieran en su mente y en su corazón los más delicados recuerdos. El rostro de Emilio adquirió una palidez extraña, que demostraba su emoción indecible.

—Buenos días, viejo amigo...—se limitó a contestar, con la voz completamente cambiada.

Los timbres que señalaban el fin del entreacto sonó en los corredores. Emilio y Jacques volvieron al salón, pero éste observó que su jefe no era el mismo de antes.

—Ahora es usted quien no tiene el aire alegre, optimista, comunicativo de siempre...—le dijo, de repente, a guisa de reproche.

El director tuvo un gesto vago.

—Oh, yo... No es nada, Jacques. Un recuerdo.

—¿Una mujer, verdad?

—Sí, una mujer. Pero hace ya mucho tiempo. Ella ha muerto ya. Mi sola pena, mi única derrota sentimental. ¿Y sabes por qué? Pues porque aquella vez me enamoré; porque fui tan sincero y tan tonto como eres tú. Ella quería casarse, y ¿sabes con quién se casó finalmente?

—¿Con Celestín?

—Sí. ¡Celestín! Ya te lo he dicho, y nunca me cansaré de repetirlo: a las mujeres no hay que tomarlas nunca en serio.

UNA VISITA INESPERADA

Jacques estaba obligado a marcharse para un período militar de un mes, y sentía una gran pena al tener que dejar a sus camaradas y a su excelente patrón.

—¡Si eso no es nada!—le hizo observar Clément, mientras el coche que les conducía se deslizaba a través del empedrado de los bulevares—. Dentro de un mes volveremos a verte. Diviértete mucho.

El joven, escéptico, movió la cabeza a derecha e izquierda.

¡Oh, divertirme! Estoy seguro de que no podré. Les echaré tanto de menos...

Como sea que estaban llegando a la calle donde vivía Clément, Jacques hizo un supremo esfuerzo para vencer su timidez, y por fin exclamó:

—Patrón, quería decirle... quisiera agradecerle...

—¿Por qué?

—Por todo. Siempre ha sido usted muy amable conmigo. Yo quería decirle...

—Vamos, vamos, Jacques, no te pongas sentimental—exclamó Clément, descendiendo del automóvil y dirigiéndose hacia la puerta de su casa—. No quiero que te dejes vencer por los sen-

timientos, ni con las mujeres ni conmigo. Acuérdate siempre de lo que te he dicho.

Al ver que Clément buscaba en sus bolsillos unos francos para pagar el coche, el muchacho quiso evitarlo y le dijo que él cuidaba del gasto, pues quería continuar hasta la estación. Pero a pesar de sus protestas, Clément le puso en las manos unos billetes:

—Toma eso para el coche y lo que sobre para las amiguitas.

—Y ahora—dijo dirigiéndose al chofer—, conduzca al joven a la estación del Este.

—Pero, patrón, si usted se queda sin un céntimo...

—No debes preocuparte, Jacques. El dinero se ha hecho para gastarlo. Y las mujeres se han hecho para...

—Me acuerdo de todos sus consejos, de todas sus lecciones—cortó rápidamente Jacques.

—¿Cuál es la primera?

—No casarse nunca.

Rieron los dos. Jacques subió al coche; se hicieron unos signos amistosos, cordiales, con la mano, mientras aquél volvía a ponerse en marcha.

Cuando el carruaje desapareció por una esquina, Emilio se dispuso a entrar en su casa. Allí estaba, de pie, con un saco de viaje en el suelo, una muchacha muy linda. Al verle se le dirigió para preguntarle:

—¿Es usted el señor Clément?

—Sí, soy yo... ¿Qué desea usted de mí?

—Quisiera hablarle...

—¿A las diez de la noche? ¿Quién es usted?

—No me conocerá más que por referencias. Soy Madeleine Celestin.

—¡Ah, la hija de mi amigo Celestin! ¿Y qué tiene que decirme?

—He llegado a París para ver a mi padre, pero no he podido conseguir mi propósito, pues él acababa de marcharse de viaje.

—Bueno, espere su regreso—le aconsejó Clément, deseoso de terminar la conversación.

—No conozco a nadie en París—confesó ella con visible esfuerzo.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Nada. Le ruego me perdone.

Si a Clément le disgustaba tener que ocuparse de aquella muchacha en aquella hora tan intempestiva, por otra parte sentía despacharla a su suerte incierta.

—¿Por qué ha venido a verme a mí?

—Porque creía que era usted un amigo de...

—De su padre—atajó Clément. En efecto, lo soy.

—No sólo de mi padre—rectificó Madeleine—. Mamá me había hablado mucho de usted, y al llegar a París y no encontrar a mi padre, pensé que... pero es inútil que insista.

—Venga mañana por la mañana a verme—le propuso Emilio en un tono completamente distinto—. Si puedo serle útil... Buenas noches.

—Buenas noches, señor Clément.

Y Emilio se dispuso a penetrar en su casa. La portera, que azechaba la vuelta de su inquilino, le paró cuando pasaba por delante de la portería.

—Señor Clément: ¿ha visto usted a la jovencita que le buscaba? Ha estado esperando durante una hora delante de la puerta.

—Ya se ha marchado, señora Víctor. Puede usted dormir tranquila.

Con esta seguridad, Clément se dirigió hacia la escalera. Sin embargo, una vaga pero intensa inquietud le hacía dudar. Mientras él iba a acostarse tranquilamente, aquella muchacha —la hija de su único amor— andaría sola, perdida, errante por las intrincadas callejuelas del viejo París. En lugar de subir a su piso, volvió a la puerta de la calle para observar lo que pasaba.

En aquel mismo instante, un individuo muy peripuesto —un auténtico petimetre de la época— abordaba a Madeleine, le ofrecía su paraguas y le cogía la maleta. Cuando Emilio —hombre muy experto en estas lides— vió la escena, saltó prontamente a la acera.

—¡Eh, espere, señorita, señorita Celestín!—le gritó—. ¿Dónde va usted?

—¿Qué puede importarle?—respondió, levantando la voz, el protector ocasional de la chica.

—Le aconsejo, joven, que cambie de tono. ¿No le da vergüenza abordar de esta manera a una jovencita en la calle?

—Me ha dicho que no sabía dónde ir.

—Pues yo sé adónde irá mi pie derecho si no toma usted la precaución de largarse rápidamente de aquí.

—Pero, ¿qué historia es ésta?—murmuró el individuo, fingiendo una buena fe que estaba muy lejos de ser auténtica. En mi vida volveré a hacer un buen servicio—añadió mientras Clément tomaba a Madeleine por el brazo y la conducía hasta su casa.

Madeleine, sorprendida, intentaba disculpar al amable caballero que había tratado de ayudarla.

—El no ha hecho nada malo—decía a Clément—. Fui yo quien le dije que no sabía dónde dormir.

—Oh, esas cosas no se dicen.

—Pero si es la verdad...—respondió ella ingenuamente.

—Pues no se dice la verdad a todo el mundo. ¿Tiene usted dinero?

—Un poco. ¡Me quedan dos francos!

—¿Dos francos? ¿Adónde quiere ir usted con eso?—exclamó Clément, rebuscando en sus bolsillos. Pero ya se lo había dado todo a Jacques.

—Bueno—exclamó, furioso, al verse descubierto—. ¿Qué va usted a hacer?

Ella no supo qué contestar. Sólo unas lágrimas furtivas asomaron a sus bellos ojos. No pudiendo dejarla sola, en plena noche, Clément encogió los hombros y se resignó a albergarla en su casa. Por una vez le cedería su habitación y él dormiría sobre el sofá del salón.

Fue en aquella incómoda e insólita posición que la mujer encargada de la limpieza de su piso le descubrió a la mañana si-

guiente. Emilio, molesto por la mirada burlona de la excelente Rosa, se apresuró a declarar:

—Ya sé lo que va usted a decirme. ¿Ha ido usted a mi habitación? Bueno, ¿y qué? La joven que se encuentra durmiendo allí es una amiga... bueno... mejor dicho... yo soy amigo de... yo fui amigo de su madre... Además, ¿qué hay de malo en ello? —gritó colérico el director—. No tengo ninguna obligación de darle a usted explicaciones de mis actos.

La buena mujer, que sentía una gran simpatía por aquel hombre tan bueno, no se enfadó ni mucho menos, y sosegadamente le respondió:

—No hay necesidad de explicaciones, señor Clément, pues la jovencita, que estaba despierta cuando yo entré en el cuarto, me lo ha explicado todo.

—Lo que ella no le habrá dicho es que se va a marchar inmediatamente de aquí.

—Está preparada para hacerlo. Tiene el sombrero puesto y espera que usted se levante para marcharse.

—¿Marcharse?—inquirió entonces Clément—. ¿Adónde va a ir, si no conoce a nadie? Voy a telegrafiar a su padre —decidió—, y mientras llega la respuesta se quedará aquí. Usted se hace responsable de ella.

En efecto, Emilio se vistió y se fué a Telégrafos para depositar un telegrama a su amigo Celestín. En cuanto éste lo recibió, sin perder un instante fué a depositar su respuesta telegráfica, en el sentido de que Madeleine regresara inmediatamente a Bri-ve, ciudad de provincia donde ella había residido hasta entonces.

MADELEINE, ACTRIZ DE CINE

Cuando Madeleine recibió el telegrama de su padre, se rebeló contra la orden dada por éste, y dirigiéndose a Clément, que esperaba tranquilamente su reacción, le dijo:

—Me iré de su casa, pero continuaré en París.

—Pero, ¿qué quiere usted hacer en París?

—Quiero ser actriz.

—¿Actriz? ¿Quién le ha dicho que tiene usted condiciones para eso? Además, aunque pudiera serlo, no crea que sea un oficio conveniente, propio para una jovencita que...

Emilio no terminó la frase. Sabía bien lo que quería decir, pero no encontraba las palabras exactas para expresarse. Pero mientras él trataba de construir una frase que fuese fiel reflejo de su pensar y de su sentir, Madeleine se había apartado y contemplaba un retrato de su madre que Emilio tenía colocado sobre el piano.

—Si ella viviera todavía, ¿cree usted, señor Clément, que me ordenaría volver a Brive?

—No sé lo que su madre haría...

—Usted la conocía. Era buena y no quería que yo fuese desgraciada.

—No, desde luego, pero le daría los buenos consejos que yo le doy. Vamos, deje su maleta—añadió Clément, cogiéndosela de las manos—. Yo no le he dicho que se marchara de mi casa. Escúcheme, Madeleine, usted no sabe lo que es París; usted ignora los múltiples y graves peligros que la acechan en cada esquina...

—¿Qué peligros, señor Clément?

—Su madre podría haberle contestado a esta pregunta. No soy yo quien pueda explicarle. Usted llega de provincias, de una ciudad tranquila y sossegada, muy distinta de esa capital tumultuosa, turbulenta. Y, además, no conoce nada de la vida, no conoce a los hombres.

Con una prudencia y una solicitud paternas, Clément se dispuso a poner a la joven bajo guardia, sabiendo por experiencia propia que una joven bonita que sale sola por París constituye una codiciosa presa para todos los desaprensivos.

Para controlarla más y mejor, decidió hacerla trabajar en su taller cinematográfico, lo que le serviría para demostrar sus cualidades artísticas—si las tenía—o para desengañarse definitivamente, si es que carecía de ellas.

A la mañana siguiente, pues, Emilio Clément se presentó en los estudios acompañado de Madeleine. Los comentarios de todos los trabajadores fueron irónicos. Al verle con ella le guiñaron el ojo significativamente. Pero el patrón era más listo que los demás, y dispuesto, no sólo a respetar a Madeleine, sino a que todos la respetaran, les prohibió terminantemente que la cortejaran y, además, ordenóles en tonos muy severos que vapulearan a quien intentara hacerlo.

Los empleados de los talleres comprendieron que aquella muchachita no era como las otras, y se decidieron formalmente a cumplir las órdenes de su jefe.

Los primeros ensayos de Madeleine fueron satisfactorios: artista de temperamento, influenciada por el ambiente en que desde niña había vivido, mostróse desde un principio como una discípula brillante y dócil.

Ya había rodado unas cuantas películas breves, cuando Jacques—tras una estancia de veintiocho días en el cuartel—se reintegró.

gró a la vida civil. Al llegar a París fué a visitar a Clément, que le tenía reservado un papel para la próxima filmación.

—Te espero mañana—le dijo Clément carifiosamente—. Aprovecha bien la tarde de libertad. Y bien, ¿qué tal han ido los amores?

—No ha habido ocasión; he estado tres semanas en el hospital.

—¿Así es como aprovechas mis lecciones?—reprendióle Emilio con su habitual acento.

—En mi primera salida traté de seguirlos. Todo iba bien hasta el momento en que la muchacha con quien tropecé me dijo que se casaba al día siguiente. Ya ve, señor Clément, qué mala suerte tengo.

—¿Y qué pasó cuando te dijo eso?

—¿Qué quería que pasase?

—¿Qué ignorante eres! En tu lugar, yo hubiera dicho lo siguiente a la joven: «Llego a tiempo. ¿No es un milagro que nos hayamos encontrado esta tarde? Usted iba a casarse sin felicidad, sin amor... No, no proteste porque lo sé: iba a casarse sin amor. Lo adivino. Al menos, sin ese amor que no se encuentra más que una vez en la vida. Espere; aproveche su juventud efímera y, como dice el poeta Ronsard, «corte hoy las rosas de la vida».

—No se me ocurrió decirle nada. Ah, pero me tomaré mi revancha. Ahora estoy en París, señor Clément.

—¿Y con uniforme!—subrayó éste sonriendo. Este es un gran recurso...

—No para mí, pues mañana por la mañana volveré a vestir de paisano. Hasta entonces, pues, querido patrón,

UNA MUJER EN SU CAMINO

Deseoso de aprovecharse de las recomendaciones de Clément, Jacques se dispuso a actuar desde el momento en que salió de los talleres cinematográficos. Situóse en la puerta para observar a las muchachas que pasaban por delante de él. Pero si una no le gustaba lo suficiente, otra iba a reunirse con el novio, y otra pasaba y le miraba con aire despreciativo, de gran coqueta. Jacques se dirigió hacia el centro de la ciudad. Allí, en los bulevares, se cruzó con una muchacha deliciosa, a quien él se decidió a cortejar. Aquella muchacha era Madeleine Coletsin.

Jacques no la conocía, y por lo tanto no vaciló en seguirla y poner en práctica los consejos que Clément le había dado. ¡Poco podía suponer el muchacho que en aquel instante se erigía en un rival de su patrón! En efecto, en pocos días los sentimientos de Emilio Clément hacia su protegida habían evolucionado mucho. El director estaba verdaderamente enamorado de la jovencita, y ésta, a pesar de su inocencia y de su inexperiencia, era demasiado lista para no adivinar la pasión que inspiraba.

Jacques la siguió por los bulevares, y al subir ella en un ómnibus, él hizo lo mismo.

Por fortuna, pudo sentarse a su lado en el imperial del carruaje. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para vencer su timidez, dispúsose a seguir al dictado el ejemplo que un mes antes le había dado —también en un ómnibus— su amigo Clément.

—Perdón, señorita—dijo a Madeleine—. ¿Es ésta la dirección del Parque Montsouris?

—No creo, señor...

—No importa. Yo no voy al Parque Montsouris. Sólo quería oír su voz. ¿No se acuerda usted de mí?

—No creo, señor... Yo...

—No tema nada. No soy de esos muchachos que dirigen la palabra a las señoritas a las que no conocen. ¿Adónde va usted?

—Al Boulevard Montmartre—respondió Madeleine.

Jacques pidió al cobrador que le diera dos billetes, a pesar de las reiteradas protestas de la chiquilla. Intrigada por el interés que el muchacho ofrecía con sus frases, inquirió:

—Pero, ¿dónde me ha visto usted?

—Hay caras que no pueden olvidarse—afirmó, repitiendo exactamente lo que Emilio Clément solía decir en circunstancias parecidas—. No, no proteste. La suya es una de ellas. ¿Es que no se lo han dicho nunca?

—Jamás me lo dijeron—respondió Madeleine, ruborizándose.

—No proteste. No diga una de esas palabras que dicen todas las mujeres. Usted no es igual que las demás. Cuando yo esté solo en los desiertos de Africa, me acordaré de esta hora exquisita en que un joven soldado la encontró de nuevo en el imperial de un ómnibus.

—¿Deja usted París?

—Sí, señorita; mañana por la mañana—respondióle Jacques, e intentando dramatizar un poco para hacer más sublime la escena y más viva su pasión, añadió—: Es posible que no vuelva jamás. En el Ejército nunca se pueden hacer proyectos.

—Le deseo muy buena suerte.

Habían llegado al Boulevard Montmartre. Los dos descendieron del autobús, y Jacques pudo convencerla para sentarse en su

compañía en la terraza de un café de aquella populosa vía, a pesar de la repugnancia que sentía ella por exhibirse allí. El muchacho fué lo suficientemente hábil para conseguir su deseo, y minutos después los dos se hallaban sorbiendo un refresco a la vista de todo el mundo.

—¿Por qué no quería usted venir aquí?—preguntó Jacques, una vez estuvieron sentados—. Ya había venido alguna otra vez, ¿no es eso?

Madeleine asintió, porque, en efecto, unos días antes había estado allí en compañía de Emilio Clément. Jacques quedó pensativo, pero luego se repuso y preguntó:

—¿Hay algún hombre en su vida? ¿Le ama verdaderamente?

—¡Oh, no!—protestó Madeleine con vehemencia. Después, replegándose en sí misma, precisó con un dejo de emoción—: Le tengo afecto.

—Siempre se dice eso—respondió Jacques un tanto descorazonado—. ¿Y él la ama a usted?

—Eso creo.

—Indudablemente debe ser mejor que yo. Debe ser apuesto, guapo, seductor.

—¡Oh, no!

—¿Será joven?

—Tampoco.

—Entonces, ¿rico?

—Menos todavía.

Jacques se iba animando visiblemente.

—¿Cómo? ¿Ni guapo, ni joven, ni rico, y tiene la osadía de...? ¿Usted se casará con él?

—Puede ser...

Jamás se le ofrecía a Jacques una circunstancia más favorable para poner en práctica la ardiente lección que unas pocas horas antes le había dado su amigo Clément.

—Llego a tiempo—exclamó con todo el ardor deseado—. No, no es un milagro que nos hayamos encontrado esta tarde. Usted iba a casarse sin felicidad, sin amor. No, no proteste; sin amor.

lo adivino; al menos, sin ese amor que sólo se encuentra una vez en la vida. Aproveche su juventud efímera, «corte hoy las rosas de la vida». Es Ronsard quien lo dijo. Un poeta...

Jacques había ganado la primera batalla. La muchacha salió de su reserva y manifestóse más comunicativa con él. Unos momentos después se encontraban bailando alegremente en uno de los salones entonces en boga. El muchacho hizo a su compañera esos mil cumplidos que tanto complacen a las mujeres, exaltando a cada paso su belleza y su encanto.

—Pero... todo eso ya se lo habrán dicho—preguntó él, un poco inquieto.

Madeleine le tranquilizó.

—Entonces... ¿nunca le han dicho que es usted bonita?—repitió Jacques, incrédulo.

—Él me lo dijo una sola vez.

—Él, el viejo; quiero decir, su... novio.

—No somos novios.

—Ah, pues espero que no lo sean jamás—exclamó Jacques, cobrando nuevos impulsos—. Los viejos han tenido su época. Ahora nos toca a los jóvenes. Si quiere usted casarse, hágalo conmigo.

—Pero usted se marcha mañana—le recordó Madeleine sonriente.

—Es verdad... El Ejército, Africa, la disciplina, el deber... lo había olvidado. A su lado lo olvidó todo.

Pero Madeleine estaba un tanto inquieta, pues se iba haciendo tarde y era necesario regresar a su domicilio provisional, en casa de Emilio Clément. Preguntó a Jacques qué hora era:

—¡Ah, Madeleine! ¡Qué diferentes somos! Mientras yo, a su lado, lo olvidó todo, usted no olvida absolutamente nada. Ni siquiera sabía que existían las horas, el mañana, el porvenir o el pasado; sólo el presente, este delicioso presente, me interesa.

—Pero ya le he dicho que debo volver a mi casa antes de medianoche.

Jacques no quería rendirse ante la evidencia, e insistió con una frase estudiada, digna de su elocuente profesor Emilio Clément.

—La velada—le dijo—no ha hecho más que comenzar. La vida empieza para nosotros, Madeleine.

A pesar de todo, salieron del baile para dirigirse a la mansarda en que Jacques residía. Ya le había contado a Madeleine la hermosa visión panorámica que se descubría desde su ventana. Desde allí veía la ciudad de París, bellamente iluminada, presidida por la iglesia del Sacré-Coeur y dividida por las aguas del Sena con la luna reflejada en ellos. La muchacha consintió en subir para contemplarla. Y lo hizo sin malicia, con la mejor naturalidad e ingenuidad.

Fue un sublime y casto «tête à tête», pues el joven empezaba a quererla de veras, y en estas condiciones su habitual timidez se hacía más intensa todavía.

—¿Lo ve usted?—exclamó jubiloso, contemplando con ella el hermoso panorama del París nocturno—. Es como si tuviera el Pantheon, la Madeleine, Notre-Dame y la Torre Eiffel en mi propia casa. Y todas las calles y callejuelas de París y sus luces. Aquí, en esta ciudad inmensa, podíamos haber vivido años sin encontrarnos nunca. Un día hubiera estado usted en el Arco del Triunfo y yo en el Jardín de las Plantas; otro día, yo estaría en Montrouge y usted en la Plaza Clichy. Podíamos haber vivido veinte años, treinta, cuarenta, siempre así. Podíamos haber muerto sin conocernos. Pero la suerte ha sido amable—concluyó Jacques, mientras se oían lentamente las campanadas de un reloj de campanario—. Nos hemos encontrado esta tarde.

—¿Esta tarde? Usted me ha dicho que nos habíamos visto antes...

—Se lo dije, pero no era cierto. La vi por primera vez en el autobús y sentí un irreprimible impulso de hablarle. ¿Me guarda rencor?

—No, Jacques, no le guardo rencor.

Mientras Madeleine contaba las doce campanadas del reloj,

Jacques atrajo la cara de la muchacha hacia la suya, queriendo besarla.

—¡Media noche!—exclamó la joven, sobresaltada—. Y usted me dijo que no era tarde...

—No quería perderla. Y si ahora no la retengo más es porque tengo la esperanza de verla mañana.

—¿Mañana? ¿No se va usted de París?

—No, me quedo, he mentido. Se lo he dicho para que permaneciera un rato más a mi lado.

—¿En qué momento de la noche no ha mentido?

—Bien lo sabe usted, Madeleine—le respondió Jacques, tíername.

Al ver que se disponía a acompañarla, Madeleine le rogó que se quedara, pues quería ir sola.

—¿Volverá? ¿La esperaré aquí?—inquirió el muchacho.

A pesar de la prisa por ella manifestada, Jacques la cogió y la retuvo un instante en el rellano de la escalera.

—Madeleine: ahora no miento. Es la primera vez que he pasado una velada tan bonita. ¿Y usted?

La frase fué sincronizada con un dulce beso.

—Es la primera vez, Jacques—murmuró ella, devolviéndole el beso.

—Tenga usted eso como recuerdo—le dijo él, ofreciéndole tres ramilletes que al salir del baile le había comprado. Así, cuando los contemple me recordará.

Madeleine los recogió amorosamente de las manos de Jacques y se marchó rápidamente para volver a su casa.

Afortunadamente, Emilio no había vuelto. Pero cuando entró encontró a la muchacha arreglando los ramilletes y colocándolos en un pequeño jarro.

—¿Qué hace usted aquí tan tarde? ¿No tiene usted sueño?—inquirió.

—He estado buscando por toda la casa un jarro para las flores—se le ocurrió decir como pretexto—. No he encontrado más que éste.

—Puesto que le gustan las flores, debía haber comprado un gran ramo.

—Sólo me gustan los ramilletes pequeños como éste. ¿Me permite que los lleve a mi habitación?

Emilio, pensativo, no respondió a la pregunta, pero, habiéndose a sí mismo, exclamó:

—Naturalmente, debí pensar en eso.

UNA SORPRESA Y UNA CONTRARIEDAD

Al día siguiente, Emilio Clément —conocedor de los gustos de Madeleine— fué a casa de la florista y compró un ramo, que quiso entregar personalmente a su adorada, para adornar el reducido espacio que le servía de camerino en los «Talleres Cinematográficos Fortuna».

A poco de llegar a su despacho, irrumpió Jacques, quien, loco de contento, había acudido a confesarle su triunfo sentimental.

—Patrón—le dijo—, estoy enamorado.

—¿Otra vez?—preguntó Emilio Clément, temiendo un nuevo desengaño por parte del tímido e inocente muchacho.

—Sí, he tenido mucha suerte, una suerte única. Ayer por la tarde encontré a una jovencita. No puedo describírsela, pero me faltan las palabras para hacerlo. No me comprendería usted. Pero debo decirle que seguí sus consejos al pie de la letra.

—¿Dónde la encontraste?

—En el ómnibus. Hice como usted. Empecé la misma conversación que usted utiliza, y le conté una historia: le dije que tenía que marcharme al día siguiente a incorporarme en Africa, con mi regimiento.

—No está mal...



Al lado del aparato cinematográfico, Emilio no disimulaba su satisfacción ante las evoluciones de sus artistas.



Emilio Clément, siempre a la vanguardia del progreso, dirige una empresa cinematográfica.



Madeline contempló largo rato el retrato de su madre, que Emilio había conservado cuidadosamente.



Jacques acompañó a Lucette a los estudios. La muchacha estaba maravillada.



Los dos se instalaron en una de las terrazas de los bulevares.



Lucette consiguió interpretar el papel de ángel en una película.



Otra noche, Emilio llevó a Madeleine a uno de los mejores teatros de París.



Allí, al pie de su casa, se hallaba, esperándole, una linda muchacha, Era Madeleine.



Enamorado de Madeleine, Emilio se siente plenamente satisfecho de sí mismo.



—Pues ya te empuja— gritó Celestin a Jacques Francet—, para que seas un poco más decidido con las mujeres.



—¿De modo que llevas-
te a Madeleine a tu casa?
—fulminó Emilio al ate-
morizado Jacques.



Jacques estaba preocu-
pado, pues no ignoraba
que su patrón y él se ha-
bían enamorado de una
misma mujer.



Finalmente, Emilio se decidió a llevarse de la terraza a su amigo Jacques completamente ebrio.



— Es preciso — ordenó Mr. Duperrier — que esté todo preparado para recibir al sultán de Socotora.



El sultán de Socotora
rogó al ministro que utili-
zara su influencia para que
la película tuviese un des-
enlace más feliz.



—¿También a usted le
ha dado un collar?—pre-
guntó fríe al viejo admini-
strador.

—Luego—continuó Jacques—la llevé al café. Música, zingara, bellas palabras... Bailamos...

—¿Y después?—preguntó Emilio, lleno de creciente curiosidad.

—Subió a mi casa. Miramos París desde mi ventana.

—Abreviemos. ¿Todo transcurrió normalmente?

—No, no pasó nada.

—¿Qué dices?—gritó Clément indignado.

—Era tarde y tenía que marcharse. Ella no es lo que usted piensa.

—¡Ah!, ya lo veo!—exclamó el patrón—. La quieres; eres incorregible.

—No se preocupe—contestó Jacques, tratando de defenderse ante las acometidas de Emilio—. Volverá esta tarde a mi casa. Por eso quería pedirle que me dejara marchar temprano.

—Conforme, pero si vuelve no pierdas el tiempo contemplando el paisaje de París desde lo alto de tu casa. Trata de ser menos tonto que ayer. Recuerda mi lema: audacia, siempre audacia.

Loco de contento porque Emilio, su patrón, le había dado permiso para salir un rato antes, Jacques se fué hacia el «plateau». En aquel momento, se estaba procediendo al rodaje de una escena en la que Madeleine actuaba como principal intérprete. Se trataba de representar a una bella odalisca. Emilio Clément se encontraba también en aquel lugar, dirigiendo la acción, que consistía en una escena de amor.

Cuando más ocupado hallábase Emilio, apareció Jacques, y cuál fué su sorpresa, compartida por la de Madeleine, al encontrarse nuevamente cara a cara. Afortunadamente, Clément no paró atención y el sensacional encuentro de los dos enamorados le pasó totalmente inadvertido. Madeleine y Jacques tuvieron el tiempo suficiente para serenarse y fingir que no se conocían.

Al terminar el rodaje de la escena, unos empleados de la empresa se dieron cuenta de que Jacques se fijaba mucho en Madeleine. Y deseosos de cumplir lo que con respecto a ella habían prometido a su jefe, se dirigieron hacia el muchacho y le advirtieron de lo que le esperaba si seguía fijándose en ella.

—El patrón—le dijo uno de ellos—está enamorado de Madeleine.

La noticia cayó como una bomba en el corazón de Jacques, quien, a pesar de todo, trató de dominarse y de disimular su confusión ante sus compañeros de trabajo.

Madeleine estaba más deseosa que nunca de hablar con Jacques, pero reconocía que hacerlo en los talleres era sumamente peligroso, pues Emilio lo advertiría sin duda y ello crearía una situación difícil para los tres.

Corrió, pues, hacia el despacho de su jefe y le preguntó cuánto tiempo estaría en los estudios. Clément debía permanecer trabajando allí un buen rato, ya que debía dirigir la instalación del nuevo decorado. Madeleine aprovechó de la circunstancia para decirle que se ausentaría durante unas horas, a lo que Clément accedió, no sin antes hacerle unas cuantas advertencias: «Ten mucho cuidado con los coches al cruzar las calles.» «Y mucho cuidado con los hombres que intentan hacerte el amor.»

Madeleine iba a marcharse del despacho cuando irrumpió Jacques en éste. Emilio Clément cuidó de las presentaciones, que todavía no había tenido la ocasión de hacer. Para no traicionar su confusión, Madeleine despidióse cortésmente de Jacques y de su patrón y abandonó la estancia.

Cuando ella se hubo marchado, Clément se volvió hacia el muchacho, que había quedado silencioso, preocupado, como tantas veces, y le preguntó:

—¿Qué opinas de esa muchacha, de Madeleine?

—No puedo darle mi opinión acerca de ella, pues apenas la conozco.

—En efecto. Precisamente por eso es por lo que me interesa tu opinión. Quisiera saber qué impresión produce cuando se la ve por vez primera. Dime, Jacques, con toda franqueza, ¿la encuentras bonita?

—Desde luego, me parece muy bonita.

—Y si la encontraras sola por la calle, ¿tratarías de cortejarla?

—Oh, no, eso de ninguna manera.

—¿Por qué no, Jacques? Por su aire de muchacha honesta...

—Probablemente sería por eso—asintió Jacques, a quien Emilio martirizaba sin sospechar lo que en aquellos momentos se debatía en el corazón del muchacho.

—Naturalmente, porque aun sin conocerla a fondo advertirías que no es como las demás. Celebro mucho, Jacques, que hayas coincidido conmigo. Para un muchacho que apenas conoce a las mujeres, veo que tienes unas magníficas dotes psicológicas, que sabes analizarlas prontamente. Pero... dime, Jacques, ¿qué te pasa? ¿Te encuentro muy raro?... ¿Es que hay algo que no va bien?—preguntó Emilio al verle tan sumamente preocupado.

—Todo va bien, patrón. ¿Me necesita?

—No, Jacques. Pero, ¿y tu cita?

Jacques estaba tan abstraído en sus pensamientos, que ni siquiera se acordaba de que había citado a Madeleine, aquella misma muchacha de la que Emilio le estaba hablando con tanto entusiasmo.

—Me refiero a tu conquista de ayer. Me has pedido salir antes, y ni siquiera te acuerdas. Vamos, vamos, Jacques, que estás perdiendo las facultades que habías conquistado estos últimos días...

—No tiene importancia—contestó el muchacho, que había decidido heroicamente renunciar a Madeleine.

No, no podía ni quería ser el rival de su amigo, de su patrón, de aquel hombre que le había mostrado en todo momento su afecto y su confianza. Había sido un mal paso. ¡Qué curiosa y desgraciada coincidencia! ¡Tantas mujeres como hay en París, y conocer —y querer— a la misma que Emilio Clément había elegido! Claro que en una empeñada lid, él —Jacques— saldría triunfante, porque empezaba a estar seguro de que Madeleine correspondía a su amor. Pero si Jacques era un hombre sentimental, capaz de amar y de ser fiel a su cariño, era también un amigo leal de sus amigos, y jamás traicionaría a ninguno, por alta que fuese la causa por la que la traición se produjese.

Resuelto, pues, a no defraudar las ilusiones que Emilio se había hecho, Jacques quiso retrasar, deliberadamente, el regreso a su casa, pues sabía que haciéndolo defraudaría a Madeleine.

Pero el destino tiene su ironía cruel. Por una de esas paradojas tan frecuentes en la vida, había de ser Emilio Clément —su insospechado rival— quien le estimulara a cumplir con el compromiso contraído.

—No hagas el imbécil—le dijo su patrón, con su tono autoritario acostumbrado—. Por una vez que tienes oportunidad de encontrarte con una chica que demuestra un cierto interés por ti, debes aprovecharla.

—Una vez que tengo oportunidad...—repitió maquinalmente Jacques—. Es verdad, tiene usted razón, patrón. Pero no pensemos más en ello...

—¡Claro que hay que seguir pensando en ello! ¿A qué hora debías encontrarla?

—No habíamos fijado hora.

—Entonces, puede ser que ella te esté esperando en estos momentos en tu casa.

—En mi casa...—repitió Jacques, estúpidamente asombrado.

Emilio se iba impacientando por momentos, al ver que su amigo desaprovechaba una ocasión favorable.

—Pues claro que en tu casa... ¡Si tú mismo me lo has dicho!

—No iré.

—¿Que no irás? Para que luego digas que tengo yo la culpa, y para que mañana vuelvas a gemir y a decir: «Qué suerte la mía.» Ah, no, eso sí que no lo consiento: tú acudirás a la cita.

—Se va haciendo muy tarde...—murmuró Jacques, que trataba de encontrar pretextos para no acudir a la entrevista.

—¿Muy tarde? Jamás es tarde. Soy yo quien va a llevarte y, si es preciso, a puntapiés. No podemos perder tiempo. ¿Hay alguien en tu casa para recibirla?

—No.

—Habrá esperado. Vámonos.

Emilio Clément tuvo que dar un empujón a Jacques para que le siguiera.

Una vez estuvieron en la calle, Clément llamó un coche y ordenó al cochero que lo llevara a casa de Jacques. Durante el

trayecto, el muchacho no soltó ni una palabra. Parecía que le iban a matar. Emilio le contemplaba de vez en cuando, y se sonreía levemente; seguro de que su preocupación era únicamente el efecto de la innata timidez del muchacho. Pero pensaba: «Ya se le pasará; ya cobrará ánimos cuando vea a la muchacha, sin duda seductora, que le espera con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios.» Pero prefirió no decirle nada, porque tal vez lo hubiese estropeado. Claro que a Emilio Clément, en definitiva, le importaba poco que Jacques diera curso a su aventura de la tarde anterior, pero le sabía mal que desaprovechara una de las pocas circunstancias propicias que se le ofrecían.

Cuando llegaron ante la puerta de la casa donde Jacques habitaba, Emilio le gritó jubilosamente:

—Ya hemos llegado, Jacques. ¡Buena suerte, muchacho! Estoy seguro de que ya te está esperando.

—Lo dudo, jefe.

—¡Qué pesimista eres! Merecerías que subiera contigo y que te la quitara delante de tus narices. Pero, tranquilízate, Jacques, te dejó el campo completamente libre. Para mí esto ha terminado.

Estas palabras, pronunciadas con un acento que parecía verdaderamente sincero, hicieron renacer una gran esperanza en el conturbado espíritu de Jacques. Pero fué una esperanza que muy pronto se desvaneció, pues a aquellas palabras su patrón añadió, cambiando de tono y de expresión:

—Todas las mujeres menos una. Y no es precisamente una mujer; es una jovencita, una niña casi... Ya lo ves: todo llega; todos tenemos que pasarlo. Estoy enamorado, Jacques, enamorado como tú. Pero creo que lo mío es mucho más serio.

Tal como Emilio había supuesto, Madeleine acudió a la cita y estaba aguardando a Jacques en el rellano de la escalera. De haberlo sabido, Jacques probablemente hubiese corrido, no ya para no defraudar a la muchacha, sino para evitar que Emilio se decidiese a subir y se encontrara frente a frente con su amor.

El hecho estuvo a punto de producirse, pues Madeleine, cansada de esperar, iba a marcharse. Por fortuna, Jacques se despi-

dió de Emilio, quien, a pesar de ello, continuó abajo, en la calle, no sin antes haberle dicho:

—Si no está, vuelves a bajar. Si la encuentras arriba, sal a la ventana y hazme una seña. Entonces me marcharé tranquilo y orgulloso de ti.

Jacques subió las escaleras muy apresurado, encontrándose a media escalera con Madeleine.

Los dos subieron lo que faltaba para el último piso y penetraron en él. Jacques estaba verdaderamente desesperado. Se había enamorado sinceramente de Madeleine, pero le atormentaba la idea de que se constituía en rival de su mejor amigo. Prefería sacrificar su amor a su amistad, y más que a su amistad su deber.

Pero, ¿cómo decirlelo? Le tomaría por loco. Prefirió hacer ver que todo aquello no había sido más que una farsa, una momentánea ilusión por lo menos.

Se enfrentó con ella, resuelto a defraudarla.

—Lo sé todo. Sé que ama a Emilio, y que él la ama. Se ha burlado de mí, pero eso no me preocupa. También yo me burlé de usted. Cásese con él.

—¿Con Emilio? Pero si no le quiero. ¿Tengo la culpa de no quererle? —gritó Madeleine, descorazonada—. Él ha tenido su época. Usted me lo decía ayer. Ahora nos corresponde a nosotros, los jóvenes, conocer la felicidad.

A pesar de la lógica de Madeleine, Jacques no quiso ceder, impulsado por su extraña idea, y decidió terminar la entrevista.

—Lo mío no ha sido más que un pasatiempo, una aventura fácil...

La muchacha ya no pudo contenerse, y mirándole fijamente le dio una bofetada, retirándose de la estancia con aire resuelto.

Jacques quedó allí, reflexionando, mientras ella bajaba las escaleras con los ojos llenos de lágrimas. Pero luego retrocedió. Le dolía profundamente romper así un amor que nacía, en el que ella había cifrado toda su ilusión. Y optó por subir de nuevo al piso de Jacques.

Pero ante la puerta vaciló. En vez de entrar y rogar a Jac-

ques que la perdonara por su violencia —fruto únicamente de su brutal desengaño—, permaneció, disimulando su presencia, en un rincón del pasillo, tratando de ahogar sus profundos suspiros. En aquel instante Jacques abrió la puerta. ¿Iba a buscarla? En realidad no lo sabía, pues situado en la alternativa de decidirse entre el amor y la amistad, difícilmente hubiera podido dar una opinión resuelta y firme. Desgraciadamente, el entendimiento ofuscado luchaba contra el corazón, y en tales casos todo se ve deformado, extraño, sin solución posible.

¿Se había marchado? No se oían sus pasos. Dispuesto a encerrarse de nuevo en su habitación, la encontró inmóvil, quieta, silenciosa. Cuando ella esperaba que la acogiera en sus brazos vióse sorprendida ante su inaudita reacción: Jacques volvió a alejarse de él, furioso, incontenible, en un inexplicable raptó de ira.

LAS ROSAS DE LA VIDA

Madeline regresó a su casa con la esperanza de que Emilio no se encontraría todavía allí. Pero éste había vuelto antes de lo previsto, y al verla llegar no pudo disimular su disgusto.

—Hace ya dos horas que te esperó. Son casi las nueve y media.

—Usted me dijo que no volvería hasta las diez—se excusó tímidamente.

—Entonces, ¿cuando yo no estoy aquí vas a pasearte sola por París?

—¿Qué es lo que hace suponer que voy sola?—exclamó Madeleine.

Emilio, aturdido por un momento, se repuso:

—No bromees, Madeleine. Podría enfadarme y...

—Hágalo si le place—respondió ella, agresiva, segura de sí misma.

—No, Madeleine, no quiero enfadarme. Pero podrias prevenirme cuando sales. Estaba verdaderamente inquieto. ¿O es que crees que no tengo ningún interés por ti?—le preguntó tiernamente.

—No se preocupe. No me ha pasado nada. Ningún hombre

ha tratado de hacerme la corte...—añadió Madeleine, dolida por la actitud de Jacques.

Cuando ella se acercó a la mesa, Emilio le mostró un telegrama que se acababa de recibir.

—Tu padre—le dijo—llega mañana a París. ¿Has reflexionado ya sobre lo que le dirás?

—¿A propósito de qué?—preguntó ella.

—Pues, a propósito de... tu porvenir. Él probablemente te ordenará que vuelvas a Brive o bien que te vayas a vivir con él. ¿Qué responderás a sus proposiciones?

—Todavía no sé lo que le responderé—contestó Madeleine, súbitamente excitada—, pero debo decir una cosa: que ni él ni nadie dictarán mi conducta. Ya no soy una niña y no quiero ser tratada como tal, siempre con las mismas preguntas impertinentes: «¿Adónde vas?» «¿De dónde vienes?» «Haz esto.» «No hagas lo otro.» «Sé amable para éste.» «No te preocupes por aquello...» ¿Quién es el que piensa en darme felicidad? Nadie.

Madeleine casi lloraba, de pena y de rabia, ante la estupefacción de Emilio, que no acertaba a adivinar la razón de las palabras insospechadas de la muchacha.

—Quiero aprovecharme de mi juventud efímera—añadió Madeleine fuera de sí—. No quiero esperar más; quiero cortar hoy mismo las rosas de la vida.

Al oír esto, Emilio saltó sobresaltado. Aquellas palabras tantas veces pronunciadas por él, le volvían de la forma más inesperada.

—¿Quién te ha enseñado a decir eso?

—Fue Ronsard, un poeta.

Emilio Clément no respondió nada. Se limitó a reflexionar, a desconfiar, a dudar, a temer. Pero prefirió guardar para sí tantos y tan encontrados sentimientos.

Después de una noche pasada enteramente en blanco, entre ilusiones que se desvanecían lentamente al compás de las horas y lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, en una lucha interminable y dura que torturaba su corazón, Madeleine volvió al

día siguiente a los Estudios cinematográficos dispuesta a hablar francamente con Jacques.

Pero todo parecía inútil. Jacques temía cometer una traición vis a vis de su mejor amigo, y jugando inconscientemente con el corazón de Madeleine, trataba de hacerle comprender los méritos de Clément:

—Emilio—le decía—es inteligente, es encantador y la quiere sinceramente.

—Ya lo sé, pero ¿qué importa?—respondió ella, segura de sí misma.

—¿Por qué se ha fijado usted en mí, Madeleine?—insistía Jacques, estúpidamente—. Míreme bien; yo no soy nada, ni tengo dinero, ni ofrezco ningún atractivo.

En efecto, tal como Emilio Clément le había dicho muchas veces, Jacques Francet era un perfecto tonto. A pesar de su poca experiencia de la vida y del mundo, Madeleine no acertaba a comprender cómo aquel muchacho se manifestara de aquel modo. Parecía verdaderamente que los papeles se trocaban; que era ella quien le hacía la corte y que él se excusaba con razones fútiles, vanas, incomprensibles en un hombre de su edad. Lo peor de todo es que Jacques la quería de verdad. Sabiéndolo ciertamente —pues se advertía en la expresión inconfundible de su mirada—, Madeleine lo comprendía menos. El entendimiento y un extraño temor se manifestaban mucho más activos que los potentes resortes del corazón.

Pero llegó un momento en que Jacques Francet no pudo ya contener sus sentimientos y, dispuesto a todo, ya sin ninguna reserva, se dispuso a besar a su amada.

Allí les observaban, desde hacía un buen rato, los fieles empleados de Emilio, los cuales estaban dispuestos a hacer cumplir a rajatabla —fuese a quien fuese— las severas disposiciones dictadas por éste con respecto a Madeleine. Frisé, un maquinista al que Clément había confiado el más estricto cumplimiento de aquella orden, no pudo contenerse ya y se dirigió a Jacques, exclamando con cierta violencia:

—¿Es que no recuerdas lo que te dije hace unos días? Nadie

de nosotros puede acercarse impunemente a Madeleine. Por lo tanto es necesario que yo vaya a prevenir al patrón de lo que está sucediendo.

Jacques Francet vaciló por un instante, pero inmediatamente se repuso y afirmó con acento enérgico su decisión de ir él mismo a comunicárselo.

—De acuerdo, Jacques. Eres un hombre valiente—intervino Frisé, poniéndole afectuosamente la mano en los hombros—. Pero vamos a ver si cumples lo que con tanto vigor afirmas.

Jacques se dispuso a marchar al despacho de su patrón. Frisé y todos los demás le acompañaron hasta la misma puerta. El muchacho dudó antes de entrar, por lo que aquél decidióse a intervenir:

—O entras tú o entro yo.

—Entro yo—afirmó Jacques.

Y, en efecto, se introdujo como una centella en el despacho de Clément.

LA CONFESION

Emilio se hallaba en aquellos momentos tranquilamente sentado en su butaca. Al ver irrumpir en su despacho a su joven amigo, sus labios dibujaron una cariñosa sonrisa, pero al observar la preocupada expresión del muchacho, le preguntó, inquieto:

—¿Estás enfermo, Jacques?

—Oh, no, jefe. Pero, ¿hay algo que no marcha bien?—preguntó a su vez.

Emilio Clément se pasó la mano por el rostro como si con este gesto quisiera desvanecer unos pensamientos que le atormentaban.

—Nada en absoluto, Jacques—le respondió sin convicción.

Entre los dos hombres se iniciaron unos angustiosos minutos de silencio. Por fin, Jacques bruscamente se decidió a hablar a Emilio de tan espinosa cuestión; una cuestión que, con toda seguridad, les iba a poner frente a frente.

—Patrón, tengo que hablarle muy seriamente...

—¿También tú tienes preocupaciones?—inquirió el buen patrón, sin dejar su aire severo.

—Sí, señor Clément.

—Tu cita de ayer con aquella muchacha, ¿no es eso? Ah, ya lo veo: las cosas no van como tú querías...

—En efecto, patrón, no van como yo quería —le respondió Jacques, como si fuese un autómatas.

—Es algo desesperante, inconcebible, Jacques—continuó Emilio—, pero lo cierto es que nunca triunfarás con las mujeres.

El muchacho, un tanto ofendido en su amor propio, no pudo evitar de contestarle con una cierta e insospechada vivacidad.

—Me he limitado, esta vez, a seguir sus consejos al pie de la letra, sin omitir ninguno.

—Pero tal vez hayas olvidado los más útiles: no tomar nunca una mujer en serio.

—Sí, recuerdo perfectamente que me lo dijo una y otra vez, patrón: una que se pierde, diez que se encuentran—le repitió Jacques con acento sarcástico.

—Eso es; pierdes una, pasas a otra. En eso estamos completamente de acuerdo.

El muchacho ya no pudo contenerse por más tiempo y soltó a su interlocutor todo cuanito llevaba dentro y ya hacía un buen rato que quería comunicarle:

—Sí, señor Clément. Estamos de acuerdo, pero en este caso se trata de una muchacha distinta de las demás. La que encontré ayer en los bulevares y que seguí hasta el ómnibus: la que cité ayer, se llama Madeleine.

A pesar del tono con que hablaba Jacques, Emilio Clément no acertaba a comprender lo que el muchacho quería decir.

—¿Qué Madeleine? ¡Hay tantas en París!

—Pues... Madeleine Celestin.

Al oír este nombre —que tanto significaba para él—, el semblante de Emilio adquirió una extraordinaria palidez, que no pasó inadvertida a Jacques. Parecía como si le hubiesen extraído toda la sangre de las venas. No sabía si reaccionar con gritos o con lágrimas.

Inoportunamente, en aquel instante penetró en el despacho de Clément el señor Duperrier, propietario de los «Estudios Cine-

matográficos Fortunas. Estaba radiante de alegría, en contraste con el aspecto pálido y demacrado de los dos hombres.

—Querido Clément—gritó jubilosamente al entrar—. Puede dar usted gracias a su buena estrella; es un hombre de suerte. Voy a comunicarle una noticia sensacional. ¿Ha oído hablar alguna vez del sultán de Socotora, dueño de una colosal fortuna y de la más bella colección de perlas que existe en el mundo?

Clément asintió mecánicamente, pues en aquellos momentos se sentía absolutamente incapaz de interesarse por otra cosa que no fuese su propia fatalidad. Pero el señor Duperrier no advirtió —o no quiso advertir— el aire de indiferencia de su colaborador, y continuó explicándose como si tal cosa.

—El sultán de Socotora es huésped de Francia y actualmente se halla visitando nuestra ciudad. Su Majestad ha expresado su ferviente deseo de asistir a un rodaje cinematográfico. Y mañana, el presidente de la República y S. M., rodeados de sus ministros, vendrán aquí. ¿Qué opina usted de eso, querido amigo Clément?

—Muy interesante—asintió con palabra hueca y gesto vago Emilio, cuyo pensamiento se hallaba muy lejos de allí—. Pero, señor Duperrier... ¿no le importaría hablarme de este asunto en otra ocasión, mañana por ejemplo? Hoy estoy muy ocupado.

Monsieur Duperrier estaba verdaderamente asombrado al oír las inesperadas palabras de Emilio. Él esperaba que éste reaccionaría de otro modo; que, dado su carácter, saltaría de alegría.

—Pero, ¿cómo es posible? Si es mañana cuando van a visitar nuestros estudios. No tenemos ni un minuto que perder.

—En efecto—respondió Clément, repitiendo sus palabras—. No tengo ni un solo minuto que perder, y, no obstante, acabo de perder uno muy precioso. Discúlpeme, se lo ruego, señor Duperrier.

Y cogiéndole del brazo le condujo discretamente hasta la puerta.

Cuando volvió a encontrarse solo, cara a cara con Jacques, el excelente patrón se esforzó en tomar un cierto aire de complacencia, y reanudó su conversación tan bruscamente interrumpida:

—Entonces, ¿es Madeleine Celestin la muchacha a la que conociste valiéndote de mi estratagema? Confiesa que lo que nos sucede resulta muy gracioso...

—Le juro, señor Clément—se disculpó Jacques, temeroso de su ira—, que yo no sabía de quién se trataba...

—Ya lo veo. Y para ella, tú sólo eras un desconocido. Eso es lo más gracioso. Tú le contaste una historia; ella te sonrió...

Jacques Francet permanecía inmóvil, sin responder, con el nerviosismo reflejado en el semblante, pues aquella amabilidad extraña de Emilio, el tono de voz que empleaba, se parecían mucho al cobo que se tiende para cazar al ratón desprevenido. Sin embargo —movido por su excesiva buena fe—, Jacques repitió con todo detalle a su patrón su aventura inocente con Madeleine. Cuando llegó a explicarle que la había conducido hasta su piso, Emilio no pudo contenerse...

Madeleine y Frisé —el empleado de los Estudios—, inquietos por lo que pudiera acontecer en el despacho de su patrón, hallábanse en el pasillo, junto a la puerta de aquél. De pronto, un fuerte ruido les sobresaltó. Unos cristales de la ventana habían saltado con inusitada violencia, cuando Emilio Clément trataba de dar un violento puñetazo a Jacques. Este tuvo la precaución de escabullirse rápidamente al patio y su agresor chocó con su mano en el cristal, hiriéndose.

AMOR DE PADRE

Cuando Emilio Clément volvió aquel día a su casa, Madeleine Celestin se encontraba en trance de preparar su equipaje, dispuesta a abandonar París o, por lo menos, aquella casa, en la que consideraba que ya no podía permanecer por más tiempo.

Al ver a Emilio con el puño vendado, le dirigió una mirada de reprobación y exclamó, entre indignada y burlona:

—[Pelearse a su edad!...

Esta reflexión —y sobre todo la manifiesta alusión a sus años— tuvo la virtud de indignar a Clément.

—¿Qué quiere decir eso de «a su edad»?—inquirió.

—Dar puñetazos como si fuera un chiquillo...

—Hay personas a las cuales no se les puede dar ningún puñetazo porque se escabulien. Todo lo que quedó delante de mí, al intentar darle uno, fué una ventana.

Mientras Clément le estaba dando estas explicaciones acerca de lo sucedido unas horas antes en su despacho, Madeleine entregaba sus maletas a un cochero que había subido a su habitación para recogerlas. Estaba bien claro, no había lugar a ninguna duda: la muchacha no quería permanecer ni un minuto más allí.

—Oye, Madeleine—la requirió, tratando de convencerla de que se quedara—. Escucha un momento. ¿Y si tu padre no se halla en el hotel? ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Le esperaré—limitóse a contestar Madeleine.

—¿Y si vuelve a marchar?—insistió Emilio—. No olvides que ha empezado sus «tournée»...

—Pues en este caso me iré con él. Después de todo, es mi padre y no tiene a nadie que le cuide y le quiera.

—Pero... no olvides que nunca se ha ocupado seriamente de ti, como era su deber—le insinuó.

—Yo sólo pido una cosa, señor Clément: y es que nadie se ocupe de mis asuntos—respondió ella muy nerviosa, mientras iba reuniendo algunas ropas y objetos esparcidos por su cama y por las sillas de la habitación.

—Que conste que yo no te he echado de mi casa, Madeleine; ni siquiera te he formulado el más leve reproche—advirtió Clément a la muchacha.

—No lo ignoro, señor Clément. Soy yo quien se va voluntariamente. Por otra parte, usted no tenía derecho a hacerme reproches. En este caso los hubiese juzgado como una inconveniencia.

—¡Y yo que creía que tú no eras una muchacha como las demás!—suspiró Clément con un visible acento de amargura.

—Adiós, Emilio. Tengo que marcharme.

—Adiós, Madeleine—murmuró Clément tristemente.

—Pero antes de marcharme quisiera decirle que siento mucho... quisiera darle las gracias por...

—No, no digas nada más, hija—cortó resueltamente Clément.

Pero Madeleine no pudo remediarlo. Con un gesto espontáneo, encantador, impulsivo, besó las dos mejillas de aquel hombre fundamentalmente bueno, con alma de niño, que con tanta generosidad le había acogido una noche incierta para ella, en una callejuela del viejo París.

Antes de marcharse de aquella habitación, dirigióse hacia el

piano. Allí, encima del mueble, se hallaba, en un dorado marco, el retrato de su madre. Madeleine lo contempló largo rato, con los ojos humedecidos. Luego, volviéndose hacia Clément, le reprochó:

—Usted tiene la culpa de todo lo que ha pasado.

—¿Que yo soy el culpable?—exclamó Clément, vivamente sorprendido.

—Sí, usted, porque debía haber sido mi padre.

Esta salida insospechada dispuso como por encanto la auténtica e insuperable emoción que Clément experimentaba en aquellos momentos tan difíciles. Y el hombre reaccionó vigorosamente, lanzando una exclamación indignada:

—¿Yo, tu padre? Es posible que lo hubiese sido. Pero ahora no estoy dispuesto a que me atribuyas el papel de padre de nadie... No es la primera vez que me juzgas así, como padre de las muchachas de tu edad. Ah, las mujeres no son todas como tú, pequeña, que se enamoran del primer lechuguino que pasa por la calle y les suelta unas cuantas palabras bien dichas. No todas piensan como tú que yo podría ser tu padre. Ves esa pared—añadió Clément, indicando una verdadera exposición de fotografías de mujeres— ¿Ves todas estas chicas? Hay algunas que son más bonitas que tú. Pues bien, todavía queda sitio aquí para colocar otras fotografías parecidas.

Desconcertada por estas frases, que sólo eran producto de un momentáneo despecho, y que querían decir que Emilio Clément se consideraba todavía un hombre joven y conquistador, Madeleine salió de la habitación, mientras el cochero, que había contemplado la escena desde la puerta, la cogió del brazo y le dijo cordialmente, a guisa de consuelo:

—No debe usted preocuparse, señorita. Todos los hombres reaccionan así cuando están enfadados.

Pero esta reflexión del buen hombre no fué del gusto de Emilio, el cual salió al rellano de la escalera y cogiendo al cochero por el revés de su abrigo, le preguntó en tono airado, violento:

—¿En qué se está usted mezclando? ¿En cosas que no le importan lo más mínimo?

El cochero, hombre ducho en estas lides, no se inmutó, y tendiendo espontáneamente, en son de paz, la mano a Clément —que éste estrechó maquinalmente—, le dijo:

—No se sulfure, señor. Yo le comprendo perfectamente, porque he sido testigo de innumerables escenas de ruptura. No hay que olvidar una cosa muy importante: una que se pierde, diez que se encuentran...

Esta conclusión que Clément había pronunciado tantas veces y que había formulado, a guisa de ejemplaridad a su rival, Jacques Francet, le puso fuera de sí. Y entrando en su habitación, Clément cerró la puerta furiosamente.

Entretanto, Mr. Duperrier —propietario de los estudios cinematográficos—, ante la ausencia de Clément —ausencia que, para él, no podía explicarse ni justificarse, sobre todo en aquellos momentos—, se ocupaba personalmente de los preparativos para la solemne recepción oficial del día siguiente. Bajo sus órdenes tajantes, imperativas, conminatorias, se colgaron los estrados y se decoraron las paredes, con el fin de que el sultán de Socrora fuese recibido con todos los honores.

Pero las cosas no se realizaban con la suficiente y necesaria rapidez, pues aparte de que disponían de muy poco tiempo, aquel hombre, falto de experiencia, de templanza y de ductilidad, tomaba unas decisiones tan absurdas como irrealizables, y al constatar los fracasos que se iban produciendo, se desesperaba y el pobre administrador pagaba las culpas de su ira.

—Si fracasa esta recepción—gritó más de una vez en tono amenazador y descompuesto—retiro mi capital de la empresa, declaro el negocio en quiebra y pongo a todo el mundo de patitas en la calle.

En aquel preciso instante se cruzó ante él Jacques Francet, quien, más que una persona viviente, parecía un fantasma, tanto por su aspecto demacrado como porque andaba como un autómatas, deslizándose a lo largo de las paredes. Al verle, Mr. Duperrier le gritó, airado:

—Y a usted también.

Jacques, que ya se iba, al oír estas palabras de Mr. Duperrier, volvió sobre sus pasos y declaró escuetamente:

—No, señor Duperrier, eso no es posible.

—¿Por qué?—gritó el interpelado con indignación, al ver que el muchacho intentaba mofarse de él.

—Sencillamente, porque Mr. Clément me ha despedido ya esta mañana.

AL BORDE DEL ABISMO

Mientras Rosa, la buena mujer que cuidaba de Emilio Clément, se hallaba preparando la comida en su casa, aquél se paseaba melancólicamente, lentamente, por su habitación, tan llena de recuerdos lejanos e inmediatos. Ninguno de los dos decía una palabra. Emilio tenía el pensamiento puesto en vagos horizontes; Rosa, comprensiva, no quería perturbar aquella calma, pues sabía por experiencia de la vida que cuando una persona se halla en la situación moral en que Clément se encontraba, hay que dejarla tranquila, sola con sus ideas y sus sentimientos.

Pero, por razones propias de su trabajo doméstico, Rosa tuvo, por fin, que romper el silencio establecido entre los dos.

—¿Esta noche se acostará usted en su habitación, no es eso? —le preguntó.

—No, gracias, Rosa. Estaré perfectamente en el sofá. Ya me he acostumbrado y no quiero cambiar.

—¿A qué hora va a cenar esta noche?—continuó diciendo, tras una breve pausa.

—No cenaré en casa. Voy a pasear.

Rosa le contempló largo rato, con cara de lástima, y, final-

mente, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, volvió a hablar:

—¿Quiere usted saber lo que pienso, señor Clément, de todo eso que le ocurre?

—No, Rosa, no quiero saberlo—respondió él secamente.

A pesar de esta respuesta tan rotunda, Rosa aventuróse a dar su opinión, pues ya no podía contenerse.

—Pues pienso que la vida de muchacho es buena y agradable cuando un hombre es joven. Señor Clément, hace ya mucho tiempo que debió usted casarse. Hoy tendría hijos crecidos que constituirían, además de su ilusión, su más recio y seguro apoyo.

Estas palabras fueron suficientes para que Emilio se indignara. Pero, ¿qué les ocurría a todos para quererle hacer padre de familia? Nunca en la vida se lo habían dicho con tan machacona insistencia. Parecía que todos se juramentaban para hacerle la vida imposible. Desoso de evitar nuevas discusiones, nuevas polémicas, pues su espíritu no se hallaba en esta disposición, optó por coger el sombrero y salir, exasperado, de su casa.

Pero no sabía exactamente adonde ir. No tenía ni pizca de apetito y prefirió errar por los bulevares, acompañado únicamente de sus pensamientos y de sus recuerdos. Todas las escenas de su vida se delizaban, como en un «film» mudo, por su mente.

Era ya tarde cuando, al pasar por delante de la terraza de un café céntrico, reconoció, entre el público, a Jacques, sentado en una postura rara y aburrida. Precisamente era la misma terraza en la que unas semanas antes se había sentado con Madeleine; la misma en que Jacques tomó asiento con la encantadora muchacha. Era un lugar dulcemente evocador para los tres. Pero, ¿cómo habían cambiado las cosas!

Emilio Clément contempló durante un buen rato al muchacho. Éste tenía ante sí una gran cantidad de copas y de platitos. Había bebido mucho. Sus ojos centelleantes y su gesto lleno de vacilaciones le traicionaban. Todo el mundo le miraba con aquella sonrisa significativa, burlona, molesta, con que se suele contemplar a los borrachos.

Ya no pudo más, y se aproximó al muchacho para decirle:

—A ver, Jacques, ¿qué te pasa? Mirame un poco.

Jacques intentó erguirse con ese aire de dignidad que tratan de ofrecer los que han bebido demasiado pero que quieren aparentar que se hallan perfectamente serenos, equilibrados y tranquilos. Al observar que Clément llevaba la mano derecha vendada, le dijo, tal vez de buena fe, tal vez con ironía:

—¡Hola, director! Se ha hecho... usted daño... en la mano...

—¿Es que ya no te acuerdas?—le preguntó severamente Emilio, evocando, sin duda, la escena.

Su joven interlocutor hizo semblante de reflexionar. De pronto se echó a reír, como si recordara el momento en que Emilio se produjo aquella herida en la mano al romper un cristal de la veritana de su despacho. Después, volvió a amodorrarse, a adoptar su aire triste y serio.

—Todo marcha mal otra vez, señor Clément. La culpa... sí, sí, la culpa... la tiene usted... Mejor dicho... la tienen sus lecciones. Nada de tomar las mujeres en serio... Ninguna, ninguna... Pero, bueno... De eso tengo la culpa yo... ¿Qué quiere que haga... si soy así?... Total, que me he sacrificado como usted, como un imbécil... Recuerde que muchas veces me llamaba... no sé... algo así como estúpido, tonto, porque tomaba las mujeres en serio...

Todos cuantos se hallaban en la terraza contemplaban intrigados la curiosa escena.

—Cállate, por favor, muchacho—exclamó Clément, al advertir que todos los estaban contemplando.

Pero, por lo visto, aquella noche la timidez habitual de Jacques se había evaporado como por encanto. Por efectos del alcohol, se sentía valiente como nunca, comunicativo, hablador, insolente casi.

—Ya pueden mirar. Me da igual—gritó, dirigiéndose a todos con aire de desafío— Quiero decirles lo que pienso. Incluso a usted se lo diré. Eso ya no tiene ninguna importancia para nadie y menos para mí; porque yo... sabe... yo, señor Clément, voy a tirarme al agua. Sí, sí, señor Emilio, yo me echaré en el Sena... ahora mismo...

Emilio, comprensivo, humano, juzgó preferible conducirlo a su casa. El muchacho se dejó llevar dócilmente, sin protestar, pues ya no era dueño de sí mismo. Su patrón le metió en un coche. Durante el trayecto le increpó.

—No sabía que te entregaras a la bebida. No olvides que el alcohol tiene malas bromas; que es un terrible consejero. Me extraña mucho de ti, un hombre tan ponderado en todas sus cosas...

—Es la primera vez que bebo... ah, pero volveré a hacerlo mañana. Sí, sí, mañana y pasado mañana y todos los días de la semana, porque ya está visto... yo no tengo ni pizca de suerte con las mujeres. O no les gusto o bien...

—Lo que a ti te conviene—atajó Emilio—es acostarte y dormir unas cuantas horas muy tranquilo.

PELIGRO SORTEADO

Llegaron a su casa. Clément ayudó a Jacques a descender del coche y luego a subir las escaleras. Al llegar arriba, lo tendió cuidadosamente —como un padre— en la cama.

—Por lo menos, es usted una persona amable—balbuteó Jacques.

—Déjame tranquilo. No es hora de requiebros. Pero voy a hacerte una saludable advertencia: si te vuelvo a ver de esta manera...

—No, señor Clément, usted ya no me verá más, por lo menos en los estudios, pues no olvide que me despidió hace unas horas.

—Ven mañana a mi despacho y te prometo que no volveré a hablarte de esta enojosa cuestión que por un momento nos ha separado. Olvidarás a Madeleine. Yo también trataré de olvidarla. Y ahora descansa, muchacho. Adiós.

Cuando vió que Clément se dirigía calmadamente hacia la puerta, Jacques le llamó con acento vehemente:

—Señor Emilio, querría decirle algo muy importante. Para mí es usted mucho más que un patrón, mucho más que un compañero, mucho más que un amigo. Para mí usted es como...

Jacques buscaba, sin encontrarla, la expresión adecuada. Pero Emilio comprendió lo que el muchacho iba a decir y, exasperado, le interrumpió bruscamente:

—Sí, ya sé. ¡Como un padre!

Y cerró la puerta con violencia. Madeleine, Rosa y ahora Jacques... Todos le consideraban como un padre. Y él que pretendía ser joven, apuesto, elegante, irresistible todavía.

Emilio echó a andar por las calles, maquinalmente, sin ninguna prisa, sin rumbo ni horizonte. Sin darse cuenta, llegó a su casa. Allí, delante de la puerta, había un coche parado. Un hombre se paseaba nerviosamente por la acera, como si esperara a alguien. Al ver a Clément, aquel hombre corrió hacia el coche y gritó jubilosamente, con aire de victoria, dirigiéndose a una persona que se hallaba en su interior.

—Ahí está, ahí está. ¿Ves como hemos hecho perfectamente bien en esperar un rato? Clément tenía que volver para acostarse...

Aquel hombre que así se expresaba no era otro que Celestin, el «clown», el padre auténtico de Madeleine. Avanzó otra vez hacia la acera y se precipitó, sonriente y afectuoso, sobre Clément.

—Mi buen Emilio, mi viejo camarada, mi entrañable amigo, no quería marchar sin agradecerte...

—¿Vuelves a marcharte?—cortó Emilio vivamente, con evidente aire de preocupación—. Si apenas has regresado de tu viaje a Marsella...

—Es el trabajo, chico, es nuestro bendito oficio de artistas. Nos debemos al público. Por cierto, que estoy cosechando unos triunfos extraordinarios en todas partes. Ah, el público, los aplausos, los homenajes, las críticas...

Y luego, con su antigua y mala costumbre de pasar sin transición ni lógica de un asunto a otro, Celestin exclamó:

—Mi pobre pequeña Madeleine. ¡Has sido tan bueno con ella! Te has portado exactamente como...

No, Clément no podía soportarlo más, y le atajó con violencia. Se negaba una vez más a escuchar aquella frase estúpida: «Te has portado como un verdadero padre!» Pero, ¿es que exis-

tía, en realidad, una conjuración entre todos para fastidiarle con aquella cantilena?

Celestin no comprendió exactamente el porqué del gesto airado de su amigo, y continuó diciendo con su incontinible y fastidiosa verborrea:

—¡Y qué responsabilidad tan grande para mí! No he dormido. Puedes creerlo. ¡Una hija mía, sola en París, rodeada de tantos peligros, entre tantos hombres sin escrúpulos!... Ah, pero contigo estoy sumamente tranquilo y confiado. Sé que a tu lado Madeleine está segura. Puedo marcharme otra vez sin remordimiento ni preocupación alguna. Gracias, amigo Clément, muchas gracias por todo cuanto haces por ella.

—¿Te marchas solo, sin tu hija?—inquirió Clément, a guisa de reproche y, al mismo tiempo, con avivada curiosidad.

Celestin dibujó con sus labios una mueca dolorosa, muy propia de él, acreditado y viejo cómico de la legua.

—No, no puedo llevármela de ninguna manera. Tú sabes lo que es nuestra vida de artistas. Los viajes, el trabajo... mi nueva vida de familia...

—¿Vida de familia? ¿Pero es que, por ventura, vuelves a tener una familia organizada?

—Como si la tuviera, porque muy pronto la tendré. Voy a casarme de nuevo, amigo Clément.

—¿Casarte? ¿Con quién?

No hubo necesidad de que Celestin le respondiera. Una mujer de rostro puntiagudo, tocada con un pequeño sombrerito, asomó la cabeza por la portezuela del coche con un gesto de descontento.

—Ya estoy harta de esperar, Celestin. ¿Vienes o no?—le gritó con voz sumamente agria y antipática.

—En seguida voy, amor mío—respondióle Celestin, dando un brinco muy propio de su oficio. Parecía que estaba trabajando en una pista de circo de provincias.

Emilio estaba maravillado. Aquella mujer no tendría más de veinte años, pero, desde luego, a través de sus gestos y de sus palabras, demostraba una gran experiencia de la vida y de los

hombres. Desde luego, sabía mover a su antojo a un hombre quincuagenario, bobo, como Celestin. Tan seguro estaba Emilio de ello, que no pudo contenerse y dijo a su amigo:

—Pero, ¿no te das cuenta del ridículo? Casarte con esa pollita a tu edad.

—A mi edad, a mi edad...—murmuró el interpelado—. ¡Si tú y yo tenemos exactamente la misma! Adiós, Emilio—terminó por decirle al ver que aquella mujer, la que iba a ser su segunda esposa, había dado la orden al cochero de que siguiera el camino.

Cuando estaba a punto de subir en su interior, gritó todavía a Emilio:

—Querido amigo, te confío mi pequeña.

Emilio subió tranquilamente los peldaños de la escalera de su casa. Paró unos minutos ante la puerta como si temiera entrar. Por último, se decidió. Pero se le reservaba otra sorpresa. Allí en la habitación, de pie, se encontraba otra vez Madeleine. La muchacha parecía avergonzada de su conducta hacia su generoso y desinteresado protector, y amorosamente le dijo que había reflexionado mucho acerca de todo lo ocurrido y que había deducido de ello una conclusión: la de que le quería, y que, por lo tanto, consentía en convertirse en su esposa.

Pero ya era tarde. Emilio estaba decidido a desempeñar de modo definitivo el papel de padre que durante aquellos días todos le habían atribuido.

—Ahora—le dijo—os toca a vosotros, los jóvenes, ser felices como nosotros fuimos o pretendimos ser.

EPILOGO FELIZ

Todo estaba ya dispuesto en los talleres cinematográficos «Fortuna» para la recepción solemne del presidente de la República, de su majestad el sultán de Socotora y de sus respectivos séquitos. Monsieur Duperrier, orgulloso de su obra, iba de un lado para otro con su impecable chaqué. Emilio, resignado ya a perder su auténtico amor, había recobrado la calma de su espíritu y su habitual actividad y daba los últimos toques a la decoración de los locales.

Por fin, la comitiva oficial hizo su aparición en el amplio patio de los estudios. Monsieur Duperrier, acompañado de Emilio, hizo los honores a los ilustres visitantes, y poco después, en las escaleras que conducían al interior, su majestad el sultán de Socotora le impuso el gran collar.

Pero no fué únicamente a monsieur Duperrier a quien el sultán condecoró. Haciendo un leve signo a uno de sus acompañantes, le ordenó que le entregara varios collares más, y sin ninguna ceremonia los fué colocando a cada uno de los empleados de los estudios, sin olvidar a ninguno, ni siquiera a los pintores.

Cuando el vanidoso propietario del local vió que todos lucían la misma condecoración que a él le había sido impuesta momentos antes, por poco se desvanece allí mismo.

El séquito presidencial y real pasó a las dependencias de los estudios, en una de las cuales, y en presencia de tan ilustres autoridades, había de ser rodada la escena final de una gran película.

La escena representaba a una muchacha oriental, a la que habían obligado a casarse con un hombre poderoso a quien ella no sólo no quería, sino que odiaba profundamente. Llegado el momento decisivo, la bella joven prefirió suicidarse, lanzándose por una ventana en el vacío. En aquel mismo instante llegó un joven, su enamorado, quien al ver que aquélla había escogido tan trágico destino, se suicidó a su vez.

Madeleine Celestin protagonizaba a la bella oriental; Jacques, a su auténtico amor.

Pero al sultán de Socotora no le gustó este dramático desenlace, y dirigiéndose al ministro francés que se sentaba a su lado, rogó que comunicara al director de los estudios —o sea a Emilio Clément— que lo modificara, en el sentido de que la película terminara bien.

Así lo hizo Emilio. La escena se repitió, y la muchacha, en vez de morir, se echó en brazos de un hombre joven, aguerrido y audaz que había acudido a tiempo. El poderoso —a quien querían casar con ella— comprendió lo que es el amor y bendijo amorosamente la unión.

Cuando el sultán vió que Jacques salía a escena para coger a la muchacha en sus brazos, aplaudió ruidosamente, feliz.

Unas semanas más tarde, Emilio, mezclado entre el público en un salón donde se proyectaba su película, se hallaba contemplándola pensando melancólicamente en la joven pareja —Madeleine y Jacques—, que habían partido horas antes para la luminosa Costa Azul en viaje de bodas.

De pronto se dió cuenta de que, a su lado, una simpática y bonita espectadora —dotada, sin duda, de un alma finamente sen-

sible— se conjugaba furtivamente una lágrima. Emilio se inclinó sobre ella y en voz baja le dijo:

—¿Le gusta que termine bien, señorita?

—¡Oh, sí!—suspiró ella nostálgicamente.

—A mí también—concluyó Emilio Clément.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(Serie Alfa)

2'50 ptas.

Cuidada con lo que haces.

Por la dama y el honor

Mario Estruado

La pretiosa millonaria

Los peligros de la gloria

La bella rebelde

Buscando fama

Una mujer imposible

El hombre del Niger

Estruado en una de miel

Fruto dorado

Andrés Buzovoy, tancor

El secreto del marqués

Irena

Una hora en blanco

La batalla

La familia Robinson

El valle del sol

Quien conquista es la

mujer

Casados sin casa

La mujer de las dos ca-

zas

Luna llena

La herza radiante

El signo de la cruz

Cuando ellas se encuen-

tran

El repto de Laura

Una chica se divierte

El Club 400

Una mujer enhielada

La vuelta del flana

El gran jefe

Cuando los hijos se van

Otra vez más

Juventud ambiciosa

El sospechoso

Matrimonio de inconve-

nencia

Una chica afortunada

La dama del tren

Documento Z. 3

Zaxá

Michael Rodgrave

Paul Lukas

K. Hepburn

Gené Raymond

James Cagney

Ann Sothern

Don Ameche

Jermy Jupp

Victor Francen

Hugh Sinclair

Gable - Colbert

Mickey Rooney

Armando Falconi

Ara Noelle

Franchot Tone

Charles Boyer

F. Bartholomew

I. Craig, L. Ball

M. Hopkins

Manlou-P. Negri

Greta Garbo

I. MacDonald

Joan Crawford

Fredrich March

Joan Crawford

Joan Fontaine

Joan Arthur

Anna Shirley

Lupe Vélez

Victor MacLaglen

Fernando Soler

Ronald Colman

William Holden

Ch. Laughton

Diana Barrimore

Joan Arthur

Diana Durbin

Ira Miranda

C. Colbert

«Nueva serie»

3 ptas.

Olivia

El duque de West Point

El nuevo Zorro

Rutas infernales

Hombres intrépidos

Kit Carson

La ruta del Este

¿Crimen o suicidio?

¿Qué lindo es Michea-

el

K. Hepburn

Joan Fontaine

John Garrol

John Wayne

John Wayne

John Hall

John Avy

Paul Kelly

Tito Guizar

«Serie especial»

3'50 ptas.

Cuando quieras un maxi-

cano

Así se quiere en Jalisco

Diego Banderas

Perjurá

Jorge Negrete

Jorge Negrete

«Serie especial»

3'50 ptas.

Jorge Negrete (Biogra-

fía)

La cámara diabólica (1.ª

parte)

El rayo de la muerte

(2.ª parte)

La Dolorosa

Tarzan de las fieras

La madrina del diablo

Sargento York

Seda, sangre y sol

Una carta de amor

Una mujer internacional

Mi navío está loco

¡Ay Jalisco, no te ajene!

También somos seres

humanos

La venganza de Lagar-

doro

Camino de sacramento

Destino

Estraña mujer

La dama de la frontera

Morenita Clara

Montecassino

Jorge Negrete

Jorge Negrete

Flash Gordon

Flash Gordon

Arturo Cordero

Buster Crabbe

Jorge Negrete

Cary Cooper

Jorge Negrete

Jorge Negrete

George Brent

Dennis O'Keefe

Jorge Negrete

Burgess Meredith

Jorge Negrete

Jorge Negrete

Ingrid Bergman

Hedy Lamarr

Yvonne de Carlo

Evita Muñoz

(Chachita)

Ubaldo Lay

«Serie especial»

4 ptas.

El Amoralladora

¡Viva mi desgracia!

Como México no hay

dos

1.ª vez

El fantarrón

Una canción en la noche

Aladino y la lámpara

maravillosa

Mujeres

Gran Casino

Hombres de presa

El mundo celestial

El ahijado de la muerte

Los tres García

El verdugo

Noche eterna

Pasión que rodó

Nunca la olvidaré

Noche y día

El barco de la muerte

Paula

Perla maldita, Sherlock

Holmes

Fantomas contra fanto-

mas

Pedro Infante

Pedro Infante

Tito Guizar

Stil Jarrel

Jorge Negrete

Domingo Soler

Cornel Wilde

Joan Crawford

Jorge Negrete

John Wayne

Hedy Lamarr

Jorge Negrete

Pedro Infante

Margarita Andrey

Henry Fonda

Hedy Lamarr

Irene Dunne

Cary Grant

Glenn Ford

Glenn Ford

Basil Rathbone

Aime Clariond

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial»

4 ptas.

Don Quijote de la Man-

cha

Rafael Rivelles

2. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

1. 11. 1917. 10. 11. 1917. 10. 11. 1917.

CANCIONEROS DEDICADOS
AL DIVO DE LA CANCION

Antonio Machín

1 peseto

ANTONIO MACHIN
Angelitos negros

ANTONIO MACHIN
El divo de la canción

ANTONIO MACHIN
Dos gardenias

2 pesetas

ANTONIO MACHIN
Añoche hablé con la luna

ANTONIO MACHIN
«Cancionero Internacional»

ANTONIO MACHIN
Boleros de moda

ANTONIO MACHIN
Nuevas creaciones

ANTONIO MACHIN
Melodías de Color, Nuevas canciones

ANTONIO MACHIN
Cancionero Afrocubano

COMPLETE USTED LA COLECCION DEL
MAS SELECTO ARTISTA DE MODA

4 pesetas